La Novela Cómica

C. GONZALEZ
1918

20 CÉNTIMOS 20

nº 99

Caricatura de GONZÁLEZ MARIN.

EL AMO

ANTONIO SOTILLO

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D. Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el boticario y las chulapas o celos mal reprimidos (un acto).—El señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos (un acto).

EL AMO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	PERSONAJES	ACTORES
Marta (20 años).....	*Sra. Ruiz.*	Lerminier (45 íd.).....	*Sr. Palanca.*
Andrea (45 íd.).....	*Echevarría.*	El abuelo (70 íd.).....	*Mora.*
Margarita de Valois (30 íd.)	*Srta. Pardo.*	Felipe (25 íd.).....	*Manrique.*
Valentina de Kersonnec (35 íd.).....	*Rosala.*	Gastón.....	*Barraycoa.*
Rosina.....	*Seco.*	Bretonneux (50 años)....	*P. Indarte.*
Silvia.....	*Monero.*	Victor.....	*Mihura.*
Lía.....	*Latorre.*	Sergio.....	*Muñoz.*
Magdalena (niña, 8 años)	*Girón.*	César.....	*De Diego.*
Pablo Dumont (30 íd.)....	*Sr. Romea.*	Un criado.....	*Carrera.*
		Un niño (6 años).....	*Arroyo.*

La acción, en París.—Epoca, actual.—Invierno.—Las indicaciones, del lado del actor.—El primer acto, en casa de Pablo Dumont; los otros dos, en casa de Lerminier.—No debe prescindirse de los dos niños, que, en el acto segundo, son necesarios para el efecto del cuadro de familia que se pretende.

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración cen J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Solé (un acto).—El porvenir del niño (un acto).—Las mocitas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un acto) (2).—Las castañeras picadas (un acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide

B53143

ANTONIO SOTILLO

EL AMO

Comedia en tres actos, en prosa, traducida y adaptada de la que en cuatro actos escribió Juan Jullien con el título de «Les Plumes du Geai», estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, el 10 de mayo de 1911

ACTO PRIMERO

Un despacho suntosamente decorado y amueblado. Al foro, en el centro, pequeña rotonda de cristales. Dentro, en la pared del fondo, a la derecha e izquierda de la rotonda, puertas de entrada con grandes cortinajes. En el lienzo lateral de la izquierda, puerta de habitación; «étagères», altos sillones y sillas modernas. En segundo término izquierda, delante casi de la puerta, una gran mesa de despacho; detrás de la mesa, que deberá estar perpeudicular a la línea de las candilejas, un sillón. En la pared de la derecha alguuos cuadros, y debajo, un piano; más lejos un diván, y al foro, un velador. En primer término una mesita de fumar; junto a ella, una butaca. El conjunto deberá resultar lujoso y artístico. Al levantarse el telón aparece sentado, en primer término, a la derecha, GASTON, casi echado en la butaca y con los pies apoyados en el respaldo de una silla baja Viste un elegante traje de montar y está leyendo un periódico que sostiene abierto. El CRIADO, en la puerta foro derecha, se aparta para dejar paso a BRETONNEUX. Gastón baja el periódico, retira los pies y adopta una postura más correcta.

RRETONNEUX.—(A media voz, al Criado.) ¿Está usted seguro de que podré ver al señor Dumont?

CRIADO.—Cuando el señor vuelve de su paseo de la mañana, lo primero que hace es entrar aquí.

BRET.—¡Muy bien, muy bien! (Muy contento.) Y... ¿y a qué hora suele volver?

CRIADO.—¡Ah! El señor no tiene hora. (El Criado se va.)

BRET.—(Muy contento.) ¡Tantas gracias!... (Se adelanta hasta primer término a la derecha, con el sombrero en la mano y una gran cartera debajo del brazo. Saluda con una reverencia a Gastón, que le devuelve su saludo, y va a sentarse humildemente en primer término.)

GAS.—(Dobla el periódico, y, levantándose, va a ofrecérselo al otro.) Si quiere usted hojear el diario de la mañana...

BRET.—(Vivamente.) No; no, señor... muchas gracias. ¡Yo no leo los periódicos nunca!

GAS.—Y tiene usted muchísima razón, porque a veces indignan. ¡Las inventan ya tan estupendas, que indignan! Mire usted la que le cuelgan hoy a Pablo...

BRET.—A... ¿al señor Dumont?

GAS.—Sí... Ahí lo tiene usted en los «Ecos de sociedad». (Entregándole el periódico doblado por el lugar que indica.)

BRET.—(Leyendo.) «Estuvo, como siempre, muy concurrido el baile de la Duquesa...»

GAS.—No, más abajo... «No se habla en los círculos aristocráticos...»

BRET.—¡Ah, sí! «No se habla en los círculos aristocráticos mas que del

próximo matrimonio de la señorita Isaura de Maillezais de Montberrón, con uno de nuestros más simpáticos *sportmants*, celebrado poeta, literato por afición, pero además opulento banquero...»

GAS.—¡Ahí duele!

BRET.—«Opulento banquero, a quien corresponde legítimamente el título de príncipe de la plata, ya que hemos reservado el del rey del oro a los millonarios del otro lado del Atlántico.»

GAS.—El sueltecito resulta interesante, ¿verdad? Pues bien. Pablo ha visto a esos señores de Montberrón por primera vez en su vida... anoche.

BRET.—(Dejando el periódico sobre la mesa de fumar.) ¡No está mal! Y... ¿qué gentes son esas?

GAS.—Una de nuestras grandes familias más... auténticamente necesitadas.

BRET.—¡No está mal!

GAS.—(Acercándose a Bretonneux, sonriendo.) Aunque no tenía el gusto de conocer a usted, estaba seguro de que le haría gracia la noticia, si conoce a Pablo. (Pausa.) ¿Viene usted para algún negocio?

BRET.—(Vacilando.) Verá usted... Sí y no.

GAS.—(Animándole.) Puede usted hablar con entera franqueza. Pablo no tiene secretos para mí, y muy a menudo me pide consejo... (Se sienta cerca de Bretonneux.)

BRET.—Mi nombre sí que lo debe usted de conocer. Soy Bretonneux, el mecánico: trabajo desde hace veinticinco años en la construcción del automóvil aéreo y he llegado ya a la solución completa del problema...

GAS.—(Aparte.) ¡Sablazo en puerta!

BRET.—Sí, señor; aquí traigo todos los planos y modelos que prueban... (Indicando su cartera.)

GAS.—(Aparte.) ¡Variedad nueva! ¡El sablazo científico! (Alto.) ¿De modo que ha inventado usted un... (Señalando al techo.)

BRET.—Sí, señor, sí; mi máquina no es para elevarse a grandes alturas. No; es, si puedo expresarme así...

GAS.—(Irónico.) Puede usted... puede...

BRET.—Un pequeño *auto* de paseo, que hará sus ciento treinta por hora a un centenar de metros del suelo...

GAS.—(Riendo.) ¡Lo bastante para romperse la crisma!

BRET.—(Cada vez más entusiasmado.) No, señor, no, porque debo advertir a usted que mi máquina, hasta para viento contrario...

(El Criado abre la puerta foro derecha y entra César.)

GAS.—(A Bretonneux, levantándose para recibir al recién llegado.) Muy bonito, sí, señor...

CES.—(A Gastón, estrechándole la mano.) Pero, vamos a ver... ¿quiere usted decirme qué sucedió anoche?

GAS.—Estoy tan enterado como usted... ¿Ha leído usted el diario de la mañana?

CES.—Sí, pero eso no significa nada. Los de Montberrón, que han hecho insertar la gacetilla.

GAS.—¿Cree usted que habrán sido ellos?

CES.—¡Sin duda, hombre; sin duda!

(El Criado abre la puerta del foro derecha y entra Víctor.)

GAS.—¡Mire usted... mire usted... todo París! (Se saludan; a cada nuevo visitante, Bretonneux retrocede un poco más como si quisiera esconderse, pasar inadvertido.)

VIC.—(Gritando.) ¡Venimos por noticias!... ¡Vengan noticias!... ¿Qué sabéis vosotros?

GAS.—Ni una palabra...

CES.—Absolutamente nada...

VIC.—(Sonriendo y con aire de triunfo.) Entonces... atención, que la cosa lo merece... (Registrándose los bolsillos.) ¿En dónde habré metido yo el periódico?

CES.—(Riendo.) ¡Bah!... ¿El suelto de el diario?...

VIC.—Sí... ¿Lo habían leído ustedes?

CES.—De eso estábamos hablando... ¿Quién le parece a usted que lo habrá enviado?

VIC.—Pues esos buenos señores de Montberrón.

GAS.—No... (Tomando una caja de cigarros que habrá sobre la mesa y ofreciendo a los demás.) Tal vez algún oficioso cronista de salones... (Llama oprimiendo el botón de un timbre.)

VIC.—¡Ay! Amigo Gastón, no sabe usted lo desacreditado que está ya eso de las indiscreciones de los periódicos; son indiscretos siempre a petición de parte y... a tanto la línea. (Entra el Criado.)

GAS.—No sé qué decirle a usted... (Al Criado.) El Oporto. (El Criado se va.)

CES.—Pues yo no creo a Pablo capaz de jugarnos esa mala pasada.

VIC.—¿Qué quiere usted que le diga? Ya no es tan joven; le he oído decir muchas veces que ya está harto de la vida que lleva, que le aburren las calaveradas...

GAS.—Todos decimos lo mismo cuando el estómago no marcha, pero una vez curada la dispepsia...

(Sergio abre la puerta. Viste traje de «chauffeur».)

SER.—(Mirando sin entrar.) ¿Se puede pasar? Sí. (Volviéndose hacia las que le acompañan.) Adelante, queridas mías, adelante.

(Entran Silvia, Rosina y Lía por el foro derecha.)

SIL.—(Entra de mal humor, sacudiéndose los vestidos y amenazando a Sergio.) ¡Esta me la pagarás, Sergio! ¡Vava si me la pagarás!...

CES.—(Que se adelanta a recibirla.) ¿Qué te ha hecho, hija mía? (Se saludan.) ¿Qué te ha dicho?

(Entran, también sacudiéndose y también indignadas contra Sergio, Lía y Rosina.)

SIL. — ¡El muy... bandido nos invita a subir en su apestoso carromato y nos ha hecho recorrer medio París y todo el Bosque, traqueteándonos a toda velocidad, sin compasión, dos horas mortales!...

LIA.—(Se deja caer en un sillón cerca de la mesa de despacho.) ¡Yo estoy deshecha!...

SER.—Señor, no es culpa mía...

ROS.—¡Calla, verdugo! ¡No tienes entrañas!...

SER.—(Defendiéndose.) Era preciso buscar a Pablo...

SIL.—¿Y eso es una razón para desbocarse así, con peligro de estrellarnos a cada vuelta?... ¡Yo tengo palpitaciones! (César le ofrece un sillón, cerca de la mesita de fumar, y Silvia se sienta.)

SER.—(Con el mayor entusiasmo.) ¿Qué queréis? Es mi debilidad... En el auto me olvido de todo; porque la máquina se ha hecho para borrar la noción del tiempo y del espacio, para devorar la distancia...

GAS.—(Imitando el tono de Sergio.) ¡Y atropellar a todo bicho viviente!...

ROS. — ¿Y después de habernos molido los huesos, se te ocurre traernos aquí medio atontadas, con estos pelos y estas fachas, y llenas de polvo?

SER. — ¡Para buscar a Pablo, señor! ¿O es que hubierais preferido que os llevase a mi casa?

ROS.—¡No, hijo, no! ¡Eso sí que no! ¡Estás tú fresco! (Advirtiendo a Gastón que se halla sentado en primer término a la derecha y tendiéndole la mano.) ¡Hola, perdido! ¡Buenos días, hombre!...

GAS.—Felices... (Siguen hablando.)

(Entra el Criado, que trae una bandeja con botellas y copas, pastas, etc.)

SER.—¡Admirablemente! (Adelantando el velador del foro.) ¡Aquí tenemos algo para confortar a las víctimas!

ROS.—(A Gastón.) ¿De modo que Pablo no ha vuelto aún?

GAS.—(Haciéndose el desentendido.) ¿Sabes que te encuentro más guapa que nunca? ¡Vaya unos colores... y vaya... unas curvas!

SER.—(Que está llenando las copas, ofreciéndole una a Lía.) ¡Reparemos las fuerzas, querida!

ROS.—(Siguen hablando con Gastón y defendiéndose de sus manos.) ¡Estáte quieto! Di... ¿ha sido para dejar plantada a Margarita de Valois para lo que anuncia ése su boda?

GAS.—(Siempre con su tema.) ¡Opulenta, hija, opulenta! ¡De veras que no me has parecido nunca tan peligrosa!

ROS.—¡No se puede hablar contigo en serio ni un minuto!

SER.—¿Un dedo de Oporto, Sina? (Presentándole una copa.)

ROS.—¡Muchas gracias! (Bebe.)

SER.—¡Lo mejor para las palpitaciones, Silvia! (Ofreciéndole también una copa.) Un dedo, dos dedos, tres... podemos llegar hasta la mano, ya que nos queda tan poco tiempo de saborear este fino peleón.

GAS.—¿Por qué dices eso?

SIL.—Hombre, como Pablo se nos casa...

GAS.—¡Ah! Pero... (Poniéndose muy serio.) ¿es que... es verdad?

SIL.—(Con un gran suspiro.) ¡Ay! ¡Desgraciadamente!

GAS.—(Cada vez más inquieto.) Pero... ¿tú estás segura?...

CES.—¿Tienes algún informe serio?

SIL.—(Sorprendida.) ¡Claro que sí!

CES.—(Como todos, alarmadísimo.) ¿Quién te lo ha dicho?

SIL.—¿A mí?

ROS.—¡Habla, mujer! (Todos rodean y contemplan a Silvia, esperando sus palabras con impaciencia. Bretonneux mismo, que hasta entonces no se ha movido, se levanta también y se acerca al grupo general.)

SIL.—Pues... lo dice el periódico... (Carcajada general; Silvia, molestada, registra en su limosnero y saca con aire de triunfo un periódico.) ¡Yo no digo mentiras! ¡Aquí lo tenéis! (Todos sacan también del bolsillo su correspondiente diario. Se oye una enorme carcajada: es Bretonneux, que no ha podido contenerse. Todos se vuelven a mirarlo.)

CES.—(A Gastón.) ¿Quién es ese epiléptico?

GAS.—Un inventor. (Todos le vuelven la espalda.)

CES.—No, la verdad es que esos viejos degenerados de Montberrón se habrán hecho sus cálculos...

GAS.—¡Lo que harían es el gran negocio! Pero, francamente, yo no puedo creer que ese pobre amigo...

SER.—(Interrumpiéndole.) No, hijo, por Dios; emplea el calificativo que quieres, pero llamarle *pobre* a un hombre como ese...

GAS.—Bien; yo no puedo creer que ese excelente amigo se deje coger tan de prisa.

CES.—El prestigio de la vieja nobleza...

VIC.—La influencia de los Kersonnec...

SER.—Y luego, dicho sea entre nosotros, Pablo no es tan difícil de pescar como todo eso.

GAS.—¡Ca! No lo crea usted; es hombre más listo y mejor informado de lo que generalmente se supone.

SER.—Sí, sí; tiene ideas propias, lo que no deja de ser un lujo para un millonario.

VIC.—¡Y es poeta!

GAS.—¡Bueno, no hablemos de eso! (Con el tono de hombre que no se deja comulgar con ruedas de molino.)

SER.—No, de veras; es un sentimental.

ROS.—(Irónicamente.) ¡Ahí está para probarlo Margarita de Valois!

CES.—Olvidábamos ese pequeño detalle.

SER.—Lo cierto es que si ese hombre se casa... ¡qué lástima de dinero! (Todos ríen la frase como si tuviese mucha gracia; no es un chiste, pero para ellos es verdad.)

SIL.—¡Una mina que se pierde! (Con un gran suspiro. Pablo aparece en la puerta del foro derecha. Todos se callan.)

PAB.—¡Dichosos los ojos!... (Estrecha todas las manos que se le tienden, sonriente. Habla con el tono del hombre cortés, del hombre de mundo, a quien todos aquellos buenos amigos le tienen sin cuidado, pero no por eso menos atento y afable con ellos, aunque frío y desdeñoso, cansado y triste.) ¡Qué amable sorpresa! ¿Y qué es lo que se le ha ocurrido a Sergio que os ha hecho tanta gracia?

GAS.—Se hablaba de ti...

PAB.—¿De mí?

GAS.—O mejor dicho, de tu pretendido matrimonio que anuncia el *Diario de la mañana*... ¿lo has visto?

PAB.—¡Ya lo creo! Como que lo menos he recibido cincuenta recortes del sueltecito y otros tantos periódicos en donde estaba señalado con lápiz rojo, azul, verde!...

SER.—¡Con barras negras como una esquela era lo más propio!... (Indicando con las manos el rectángulo de las esquelas.)

PAB.—(Bebiendo un vaso de Oporto. A Sergio.) Oye, pues no hace esta mañana el mejor tiempo para el automóvil.

SER.—Regular; molesta un poco el viento, pero...

CES.—(Con intención.) Y... ¿anoche, qué tal tiempo hizo?

PAB.—¿Anoche? No me fijé.

GAS.—Vamos, hombre..., cuéntanos... ¿cómo lo pasaste?

PAB.—¡Ah, sí! (Cayendo en la cuenta.) Pues lo mejor del mundo. Recepción muy brillante. El hotel, aunque algo desnudo y arruinado, conserva todavía algunas antiguallas interesantes.

VIC.—Se dice que los de Montberrón son bastante secos, muy amigos de la etiqueta, un poco altivos.

PAB.—No vi nada de eso. Creo que su altivez es pura leyenda; yo les encontré todo lo contrario, de una cortesía excesiva, sumamente obsequiosos, con demasiada afabilidad... Hasta el mismo Marqués...

SIL.—¡Claro, hombre! Lo indicado. ¡No faltaba más!

GAS.—¿Y la niña?

PAB.—Pues te diré... un encanto... (Todos se miran como preguntándose si Pablo les está hablando en serio.) Sí, sí... bonita, con distinción y finura de buena raza Me habló muy discretamente de *sport* y de mi caballeriza. Luego, de vez en cuando, sonríe, mostrando una dentadura impecable, y baja modestamente sus grandes ojos negros... Aunque yo creo que lo hacía para admirar mi sortija.

ROS.—(Sonriendo.) ¡Bien merece la pena!

SIL.—¡Ya lo creo! (Las mujeres contemplan extasiadas el soberbio brillante.)

PAB.—Sí, son muchas las que le dirigen miradas tiernas... Le debo infinidad de simpatías en el mundo elegante y casi todo mi prestigio entre muchas mujeres. (Se quita la sortija y la deja sobre la mesita de fumar.) Ahí tenéis: ¡el encanto, el ídolo de las damas! (Con profunda ironía.)

SER.—Pero no la tires, ¿eh?... Que si te has cansado ya de llevarla... (Cogiendo la sortija.)

PAB.—No, querido Sergio... Te ofendería el regalo, porque ahí donde la ves... no es otra cosa que un hermoso pedazo de vidrio, con su buen fondo de riquísimo talco. (Sorpresa general.)

CES.—(Incrédulo.) ¡Qué gracioso!

ROS.—¿De veras? No; eso es una broma...

PAB.—Palabra de honor. La verdadera está por ahí en un estuche... Pero es que no sabéis... ¡el refinado placer que yo experimento cuando veo a todas mis adorables amigas pasmarse, locas de entusiasmo, contemplando... una escoria de cristal!...

BRET.—(Soltando nueva e insólita carcajada.) ¡Oh! ¡Eso sí que tiene gracia!

PAB.—(Mirando a Bretonneux y luego a Gastón.) ¿Ese señor viene contigo?

GAS.—¡Ca, hombre! Es un inventor.

PAB.—Mis criados han perdido la cabeza. (Acercándose a Bretonneux.) ¿Usted es el inventor del barniz impermeable para...?

BRET.—(Inclinándose.) No, señor Dumont... Soy Bretonneux... Usted recordará... El automóvil aéreo...

PAB.—¡Ya! Sí, sí... Muy interesante... Pero, como usted ve, no tengo ahora tiempo para ocuparme... Vuelva usted cuando guste, otro rato. (Acompañándole hasta la puerta.)

BRET.—Bien, señor Dumont, muy bien, volveré... Volveré... ¡Señores! (Vase por el foro derecha.)

SER.—(A Pablo.) Pero, ¡vamos, hombre!... Dinos; en resumidas cuentas, de la boda, ¿qué hay?

VIC.—Ese matrimonio es un hecho, ¿si o no? (Las tres mujeres están al lado de Pablo.)

SIL.—¿A qne sí?

LIA.—¿A que no?

GAS.—¡Hombre... que nos tienes en brasas! (Todos le rodean.)

PAB.—(Después de una pausa.) Tranquilizaos, queridos amigos... Por esta vez... (Entusiasmo general: las señoras baten palmas. El lo ha dicho con un gesto desdeñoso completando la frase, negando con la cabeza y con la mano.)

ROS.—¡Bravo! ¡Bravo!

GAS.—(Radiante.) ¡Cuando yo os lo decía! ¡Si conoceré yo a éste!...

CES.—Mi enhorabuena de corazón, amigo Pablo...

SER.—¡Qué susto nos has dado, hijo! Yo ya te veía enterrado en ese panteón de familia...

VIC.—¡Y nos dabas tanta lástima!

SIL.—¡Figúrate, si llega a ser verdad! ¡Qué disgusto!

ROS.—(Abrazándole.) ¡Querido Pablo!

LIA.—(Lo mismo.) ¡Te queremos tanto!

PAB.—Gracias, gracias, sois unos buenos amigos... ya lo sé.

SER.—Señores, una proposición... para celebrar esta jornada feliz, Rosina debe bailarnos ahora el tango ese de la Imperio. (A Pablo.) Te lo va a dedicar.

TODOS.—¡Sí, sí! ¡Eso!... ¡Bravo!... ¡Gran idea! (Sergio preludia al piano los primeros compases de un tango.)

ROS.—No, por mí no hay inconveniente... pero con estas faldas... y el corsé...

GAS.—¡Quítatelo!

CES.—¡Eso, eso! ¡Quítatelo todo! ¡Fuera todo! (Palmoteo y alboroto ge-

neral. Lía y Silvia se disponen a desnudar a Rosina. Sergio aporrea el piano. Los otros separan del centro la mesita de fumar y los muebles que estorban.)

(Se abre la puerta del foro derecha y aparece Margarita de Valois.)

ROS.—(Furiosa, arreglándose el desorden de su vestido precipitadamente.) ¡Ah! ¡Ya está aquí la tonta esa!... ¡Pues no, no! (Todos callan, incluso el piano.)

MAR.—(Entra, dirige una mirada circular y saluda.) ¡Señores!... (A Pablo.) ¿Cómo? ¿Estás celebrando ya tu boda y no se me invita? Eso no está bien.

GAS.—No hablemos de cosas tristes, señora: se ha deshecho todo.

MAR.—(Riendo.) ¿Cómo? ¿Tan pronto? (Se quita el sombrero y los guantes.)

SER.—Parece que lo dice usted con sentimiento.

MAR.—Sí; no me disgustaría verle casado.

SER.—Será preciso que le busquemos otro partido.

MAR.—No faltan personas cariñosas que se encarguen de eso... Pero sigan ustedes con su música: ¡no habré venido yo a interrumpir la fiesta! (Se sienta.)

CES.—Había terminado ya. Si nos íbamos...

MAR.—¡Qué mala suerte tengo!... ¡Siempre se divierten aquí cuando yo no estoy!...

(Aparece el Criado por el foro derecha.)

PAB.—(Sin levantarse.) ¿Qué hay?...

CRIADO.—Acaban de llegar del Banco. (Vase.)

PAB.—¡Ah! Bien: Amigos míos, los negocios ... (En pie.)

CES.—Sí, sí, nosotros nos largamos... Hasta la noche... (A Pablo, estrechándole la mano.) Señora... (Inclinándose ante Margarita. Vase, y Pablo le acompaña hasta la puerta.)

SER.—(A Rosina, Lía y Silvia.) Señoritas, al coche, al coche. (Estrecha la mano a Pablo y saluda a Margarita, como las señoras que salen con él, con una cortesía.)

VIC.—(A Pablo.) Querido, celebro que las negociaciones hayan tenido un final tan *pacífico*.

GAS.—Y yo también, hombre. (Todos se van por el foro derecha. A Pablo, siguiendo a los que se van.) Vuelvo al instante, ¿sabes?

MAR.—(Se levanta.) ¡Muy bonito, muy digno! ¿Te parece bien recibir en tu casa a unas gentes como esa Silvia y las otras?

PAB.—No las llamo yo... pero vienen con mis amigos y no voy a echarlas a la calle.

MAR.—¡No faltaba más!... ¡Ellos y ellas son una compañía que te honra!...

PAB.—Esos o los otros... ¿qué más da?

MAR.—(Con tristeza.) ¿Quieres decir que todos somos iguales... que todos somos unos? ¡Ay, Pablo! No sabrás nunca conocer a los que te quieren de verdad...

PAB.—(Sonriendo.) Sí, mujer...

MAR.—(Cariñosa.) No; vamos a ver... ¿tienes tú alguna queja de mí? ¿Hay alguien que te quiera más en el mundo? Di, contesta...

PAB.—(Pausa.) ¿Cuánto... quieres?

MAR.—(Rechazándole y sonriendo.) ¡Grosero, más que grosero!... ¿Merezco yo que me trates así? ¿Es decir, que soy una mujer interesada, una cualquiera? (Indignada, sacudiéndole cómicamente con el manguito.) ¡Si no fuera porque ayer perdí en los caballitos del Chatelet los últimos dos mil francos que me quedaban, no volvía a hablarte de dinero en mi vida!

PAB.—(Echándose a reír.) ¡Ah! ¿No son más que dos mil francos los que necesitas? (Se dirige a la puerta de la izquierda.)

MAR.—(Reteniéndole.) Pero no los quiero, no... Yo no te pido nada...

PAB.—Pues, mira, yo prefiero dártelos en seguida, porque me está esperando el empleado del Banco.

MAR.—Oye, ¿ese empleado que te está esperando... no será tu vieja casamentera?

PAB.—No, mujer... Es el cobrador que todos los días me trae las cuentas.

MAR.—¿De veras?

PAB.—¿Quieres verlo, hija? (Toca el timbre. Aparece el Criado en la puerta del foro derecha.) Dígale usted a Lerminier que pase. (Vase el Criado.)

MAR.—No merece la pena. (Recogiendo su sombrero.)

(Sale Lerminier por el foro derecha, es el tipo del hombre honrado, tímido y modesto. Su cara es toda franqueza y su sonrisa benévola, eterna. Viste el uniforme de los cobradores del Banco, con su gran cartera debajo del brazo.)

PAB.—Pase usted, Lerminier... Soy con usted al momento. (A ella.) Voy a traerte eso. (Vase por la puerta primera izquierda. Lerminier queda inmóvil y cortado, contemplando a Margarita que acaba de ponerse el sombrero y se arregla el peinado.)

MAR.—(Muy amable.) Siéntese usted, siéntese usted. (Separando una silla.)

LER.—No se moleste usted por mí, señora. (Se sienta en primer término a la derecha, sonriendo, pero cada vez más confuso; coloca su cartera sobre las rodillas y se registra los bolsillos.)

MAR.—(Señalando la cartera.) ¿Ya se habrá paseado ahí algún dinero, eh?

LER.—¡Ya lo creo, señora!... Va en días. Yo he llevado aquí muchas veces hasta un millón quinientos mil francos...

MAR.—¡Qué barbaridad! ¡Ya es una cifra bonita!... ¿Y nunca le ha dado a usted ganas de tomar el tren?

LER.—(Sencillamente.) No, señora.

MAR.—¿Tendrá usted un buen sueldo, eh?

LER.—(Con satisfacción.) Tengo ya tres mil francos.

MAR.—¿Al mes?

LER.—Al año.

MAR.—¿Al año? ¡Oh! (Asombrada.)

(Sale Pablo por la primera izquierda con un sobre en la mano, que da a Margarita.)

PAB.—Ahí tienes, querida.

MAR.—Gracias. (En voz baja señalando a Lerminier.) Tiene una bonita cabeza tu empleado, ¡pero... es tonto!

PAB.—(Sonriendo y acompañándola hasta la puerta, foro derecha.) Sí, sí... hasta la noche... (Con aire aburrido e indiferente.) Veamos las operaciones de ayer, Lerminier. (Pablo se sienta en el sillón detrás de su mesa; Leminier ha sacado de su cartera papeles, que extiende sobre la mesa.)

LER.—(Mientras Pablo firma unas hojas.) Aquí tiene usted las hojas... (Sonriendo y confuso.) ¡Ah, señor Dumont! Me han encargado en el despacho que le preguntara a usted... si era verdad...

PAB.—¿Si era verdad, qué?

LER.—La noticia que publicaba esta mañana *El Diario*.

PAB.—¡Ah, sí! (Sonriendo.) ¿Usted sabe lo que se llama un *canard*, Lerminier? Pues bien, puede usted decirles a esos señores que se trata de uno gigantesco.

LER.—¡Qué lástima! (Con el tono más triste del mundo.)

PAB.—(Sorprendido levanta la cabeza y se queda mirando a Lerminier. Pausa.) ¿Usted es casado, Lerminier?

LER.—Sí, señor.

PAB.—¿Y ha sido usted feliz, lo que se llama feliz, en su matrimonio?... ¿Ha encontrado usted una mujer buena, una mujer que le quiere?

LER.—(Con absoluta naturalidad.) Sí, señor, sí; no es una cosa tan difícil...

PAB.—(Sinceramente admirado.) Entonces... ¿usted no creerá que el matrimonio... es una broma pesada?

LER.—(Sonriendo bondadosamente.) Vamos, señor Dumont, no diga usted esas cosas... Hay en el mundo muchas más mujeres como Dios manda y muchos más hombres honrados de lo que generalmente se cree.

PAB.—¿Y cómo se explica entonces, que encuentra uno tan pocos?... (Triste y convencido.) ¡Ay, querido Lerminier!... Si yo le contase a usted todo lo que he visto, todo lo que veo a diario, de hombres y mujeres que se venden, de conciencias que tienen un precio... tal vez se convenciese usted...

LER.—¡Ay, señor Dumont!... ¿De modo que usted, que tiene todo lo que se puede comprar, qnisiera también... *lo que no se compra?*. . Eso no es justo, es preciso dejarnos algo a los pobres diablos como nosotros.

PAB.—(Después de una pausa.) Tiene usted razón. Pero es cosa bien triste que para mí sea imposible... (A Gastón, que entra por el foro derecha.) ¡Ah! ¿Eres tú?

GAS.—Dos palabras. (Lerminier se separa. En voz baja a Pablo.) ¿Has pensado en nuestro asunto?

PAB.—Sí... ¿Qué hay?

GAS.—He visto a nuestro hombre... Le tendremos por unos veinte mil... Nos trata como amigos...

PAB.—Pues, hijo... al precio a que está la amistad, no es caro.

GAS.—¿Puedo decirle que... conformes?

PAB.—Bueno.

GAS.—Pues entonces, hasta la noche.

PAB.—Hasta la noche. (Gastón vase por el foro derecha y Pablo se queda mirando a Lerminier, que se dirige a él.) ¿Cómo es, amigo Lerminier, que a usted no se le ha ocurrido nunca pedirme nada?... Usted que me ve todos los días familiarmente y que tendrá, como todo el mundo, sus obligaciones y sus apuros?

LER.—Nosotros, modestos empleados, señor, no tenemos los dientes tan largos como (Señalando la puerta por donde ha salido Gastón.) esos caballeros... Y además, ¿qué quiere usted que le diga? A mí no me gusta pedir.

PAB.—(Sonriendo.) Pues con esas ideas... no pensará usted hacerse rico.

LER.—Toda mi ambición se reduce a ganarme la vida honradamente, educar a mis chicos y llevar a casa el pan nuestro de cada día: hay muchos que se pasan la vida quejándose de su suerte, ya lo sé... Son unos desgraciados que nunca se conforman con lo que tienen.

PAB.—(Cruzándose de brazos) ¿Sabe usted, amigo Lerminier, que es usted un tipo admirable? ¿Un hombre como no habrá dos?

LER.—¡Ca! No lo crea usted. Somos muchísimos por el estilo... ¡Oh! Sí; como dice el abuelo de casa, el padre de mi mujer; «la masa es buena, la masa no puede ser mejor».

PAB.—(Haciendo una mueca.) ¡Oh!... ¡La masa!...

LER.—(Con calor.) Usted no conoce a los pobres, a la gente obrera, clase baja o clase media, es lo mismo; quiero decir, a los que viven de su trabajo. Yo quisiera que pudiese usted verlos de cerca, como yo los veo, en mi casa, sin ir más lejos. No somos ricos, pero desde el primero hasta el último, allí todos trabajan de firme, no se pasa tan mal... y todo el mundo está contento... Ahora, claro que en el montón hay de todo, unos muy desgraciados, otros que no valen gran cosa, pero lo general...

(El Criado se presenta en la puerta del foro derecha.)

PAB.—(Con disgusto.) Y ahora ¿quién es?

CRIADO.—La señora Condesa de Kersonnec.

PAB.—¡Ah! Bien, bien... (¡A buena hora llega!) (A Lerminier.) ¿Quiere usted recoger sus papelotes y esperarme un momento en esa habitación? (Lerminier vase por el foro izquierda. Dirigiéndose a Valentina, que se presenta en el foro derecha.) ¡Querida señora!

(Valentina entra vivamente, pero al advertir que el Criado está recogiendo en una bandeja el servicio esparcido por las mesas, se detiene como sorprendida.)

VAL.—¿Cómo? ¿No está aquí mi marido? ¿No le ha visto usted?

PAB.—Esta mañana, no. ¿Cómo va? (Dándole la mano.)

VAL.—(Designando con un movimiento de cabeza al Criado.) Mal...

PAB.—(Al Criado.) ¡Deje usted eso! (El Criado vase por el foro derecha, ella le sigue con los ojos hasta que ha cerrado la puerta.)

VAL.—Dime... (Vivamente.) ¿tu impresión de la entrevista con los Duques?

PAB.—Desastrosa. (Cogiéndole la mano.)

VAL.—¿Te recibieron mal? (Se deja caer en un sillón.)

PAB.—No, al contrario. Nunca he podido encontrar—y eso que he encontrado de todo en la vida—gentes tan neciamente obsequiosas y tan bajas como tus señores de Montberrón. Sin duda los lacayos, que desde hace tantos siglos doblan ante ellos el espinazo, les han debido contagiar su servilismo... (Pablo se pasea de arriba a abajo.)

VAL.—(Ofendida.) ¿Pero qué hicieron para merecer?...

PAB.—(Deteniéndose cerca de Valentina.) Me pasearon por sus salones como un fenómeno, como un bicho raro... «el señor ese que tiene tantos millones...» los invitados se reían a mis espaldas... Y ya comprenderás que no tengo ninguna afición a esta clase de exhibiciones... Tus aristócratas me han tomado por un imbécil, y lo sería si estuviera dispuesto a entretener sus ocios.

VAL.—¡Prefieres distraer los de Margarita de Valois y su brillante séquito de aduladores y parásitos!... ¡Ay, Pablo, qué mal correspondes al interés mío, que mal me pagas!

PAB.—(Sentándose a su lado y en tono cariñoso.) Pero, vamos a ver, querida... Veamos ¿por qué tienes tanto empeño en casarme?

VAL.—(Mirando con recelo a ver si están cerradas todas las puertas.) Porque a tu edad, un hombre como tú, debe llevar una vida regular, una vida tranquila y romper con todas esas relaciones escandalosas que te degradan y explotan, que te ponen en ridículo.

PAB.—¡Eso no, mujer!, ¡no me hagas tan necio! Sé muy bien que las aduladoras sonrisas de toda la gente que me rodea no se dirigen a mí, sino a lo que yo llevo en el bolsillo... ¡hace mucho tiempo que lo sé! Si me dejo explotar es porque sus ingeniosas extratagemas, sus lisonjeras protestas de afecto para provocar mi generosidad, me divierten... Es una deliciosa comedia, tan interesante como las del teatro, te lo aseguro... Pero, desde el momento en que se trata de casarme... yo desearía que se me representase otra un poco más sincera.

VAL.—(Irónica) ¡Puede que hayas soñado un matrimonio por amor!

PAB.—No ignoro que llevo a cuestas mi propio enemigo... que arrastro una culpa fatal, una tara enorme... los millones. Bien sé que no es a mí a quien puede una mujer mirar con afecto, amar tal vez un día... Será a ellos, siempre a ellos, y nada más que a ellos... Son mi enemigo, el que todo me lo arrebata, y yo tengo envidia, ¿podrás creerlo, Valentina?... yo tengo celos de esos millones a quienes lo debo todo y por los cuales no soy nada.

VAL.—Sí, eres ridículo. (Casi entre dientes.)

PAB.—Y en todo lo mismo. Siempre lo mismo. Yo publiqué versos que fueron celebrados porque detrás de ellos estaban los famosos millones... Pu-

bliqué el diario de mi viaje alrededor del mundo... Parece que no estaba tan mal, que no era un disparate; pero mis amigos todavía no han salido de su asombro, ¿sabes por qué. Porque no se ha podido averiguar aún a quién se lo pagaría yo para que me lo escribiera.

VAL.—¡Tú lo quieres tener todo!... Deja que hagan versos los que no tienen otra cosa que hacer...Deja que sean sabios y artistas los que lo necesitan para vivir.

PAB.—(Irritado se aleja.) ¡Discurres como mi mozo de banca!... Sí, hace un minuto me decía exactamente lo mismo... «Usted lo quiere tener todo: déjenos usted el amor y la felicidad a los pobres diablos...» Es decir, que yo, envidiado por todo el mundo, yo no puedo tener un corazón; para mí es un imposible lo que hasta el último de mis obreros disfruta, conocer, al fin, la la poesía del amor verdadero, hallar un día la enamorada criatura que se despierte por mí, se revele a sí misma y me consagre su vida.

VAL.—¿Y por qué no había de ser la que yo te aconsejo?... Harás mal en dejarte llevar de la primera impresión... (Se levanta.)

PAB.—No; es la mejor. (Pasa al otro lado y se dirige a la mesita de fumar.)

VAL.—Entonces... ¿no piensas volver a esa casa?

PAB.—No.

VAL.—(Indignada.) Tú no puedes hacer eso... Sería una descortesía.

PAB.—¿Y qué me importa? (Enciende un cigarrillo.)

VAL.—No, Pablo, tú no querrás ponernos en evidencia. ¡Hemos avanzado ya demasiado para eso!... Rogerio había tomado con empeño tu boda... Esta unión de un gran nombre, con una gran fortuna, le parecía tan indicada, que no ha perdonado esfuerzo para que te fueran abiertas de par en par las puertas de nuestro mundo...

PAB.—¿Probablemente habrá sido cosa suya también el sueltecito del periódico?

VAL.—¡Ah!... ¿lo has visto?

PAB.—Como que supongo que deben de haber encargado una tirada especial para mí.

VAL.—Pues ya comprenderás si en estas condiciones tu brusca retirada sería mortificante para los Montberrón, y enojosa para todos. ¿Qué se diría? Se burlarían de nosotros, y tú mismo perderías tu crédito de hombre galante.

PAB.—(Sonriendo y con ironía.) Esa última consideración me importa poco: mi bisabuelo fué minero y no tengo, como comprenderás, no tengo en la sangre todos los siglos de hipocresía mundana que hacen falta para poder...

VAL.—¡Calla! (Indignada.)

PAB.—No, te lo repito, no puedo sufrir por más tiempo a todas esas gentes echadas de boca sobre mi caja de caudales. Tu mundo y el mío me tienen harto... ¡Qué asco da no oír hablar más que de dinero; siempre de dinero y nada más que de dinero!... Yo necesito olvidar que lo tengo.

VAL.—(Cada vez más furiosa atraviesa la escena.) ¡Qué locura interesarse por ti... sacrificarse... comprometernos... para esto?

PAB.—Pero, querida Valentina, yo no he dicho nada que pueda ofenderte.

VAL.—No, claro que no... al contrario... ¡agradezco tu franqueza ... (Al llegar a la puerta termina la frase.) de nieto de minero! (Vase violentamente por el foro derecha. Pablo se dirige a detenerla, pero luego cambia de idea.)

PAB.—No... ¡vaya con Dios! (Deteniéndose junto a la puerta.) Espera que salga. ¡Ah, vamos, ya se decide a irse!... (Volviendo a su mesa.) ¡Estos debían de tener alguna comisión por mi boda! ¡Cuánta miseria ¡Pero vamos a lo que importa. (Abriendo la puerta del foro izquierda.) Le estoy haciendo a usted perder el tiempo, querido Lerminier.

(Sale Lerminier, por el foro izquierda, con su cartera debajo del brazo.)

LER.—Su tiempo de usted es más precioso que el mío, señor Dumont.

PAB.—(Que se va a sentar, sonríe con amargura.) En estos momentos crea usted que no vale nada. Estoy aburrido, nervioso, con el fastidio más grande que recuerdo en todos los días de mi vida.

LER.—(Tímidamente, con su eterna sonrisa.) Mire usted, cuando me sucede eso, cuando estoy de mal humor, ¿sabe usted lo que hago? Pues me monto en un tranvía, en el que vaya más lejos, y me voy a dar una vueltecita; cuando vuelvo, como sin darme cuenta, me he distraído, ya se me ha pasado el disgusto. Yo, en lugar de usted, emprendería un viaje; eso cambia las ideas.

PAB.—(Sonriendo con tristeza.) Es que yo he viajado, amigo Lerminier, por el mundo entero; no hay nada nuevo para mí, nada que pueda cambiar mis ideas.

LER.—En fin, yo creo que cuando se tiene su posición de usted, no debe de ser cosa difícil proporcionarse distracciones.

PAB.—No me satisface nada de lo que se compra, no me puede ya distraer nada de lo que se paga.

LER.—Entonces... no veo... ¿quiere usted examinar el resumen de las operaciones de ayer? Esto le puede entretener.

PAB.—(Con un gesto de cansancio.) ¿Las operaciones de Banca? ¡No!

LER.—Entonces... con su permiso de usted las devolveré al despacho. (Lerminier saluda, después de haber recogido sus papeles, y se dirige a la puerta del foro derecha. Pablo le sigue con la mirada, y cuando ya está cerca de la puerta, le llama.)

PAB.—¡Lerminier!

LER.—(Vuelve muy obsequioso.) ¿Señor Dumont?

PAB.—¿Quiere usted hacerme un favor, amigo Lerminier? ¿Un grande y verdadero favor?

LER.—Usted sabe que me manda.

PAB.—Lléveme usted a comer hoy a su casa.

LER.—(Asombrado.) ¿Cómo... dice usted?... Usted, señor Dumont... ¿comer en mi casa?

PAB.—Sí.

LER.—Comería el señor muy mal. (Como dándose cuenta de que se trata de una broma y debe seguirla.)

PAB.—Eso no importa. Ahora mismo, cuando me hablaba usted de su familia, de su manera de vivir y de la alegría de los suyos, me ha hecho usted entrar en ganas de conocerlos, y sí, sí, señor, me gustaría mucho ir a su casa de usted...

LER.—(Apurado.) Señor... unas gentes modestísimas, una casa que no tiene nada que ver... No merece la pena de que usted se moleste.

PAB.—Ahora mismo, ¿no me decía usted... que quisiera verme en su casa?... Pues bien, yo voy...

LER.—¡Oh, señor!... Se dice eso para expresar... para... pero muy lejos... de creer que...

PAB.—Nada, nada, yo le tomo a usted la palabra.

LER.—Es que... yo le diré a usted; no estamos solos.. Además de nuestros dos niños, vive con nosotros el padre de mi mujer, el abuelo, como se le llama en casa, un buen hombre, pero algo revolucionario, bruscote y... Además, tenemos a los hijos de un compañero mío que recogimos y que nos llaman tío y tía a mi mujer y a mí.

PAB.—Pero, Lerminier, ¡su casa de usted es un asilo!

LER.—El padre murió, la madre... se perdió... Bueno, se fué no sé por dónde... No era cosa de dejar a las pobres criaturas en medio de la calle.

PAB.—(Cariñoso, yendo hacia Lerminier.) Bueno, pues con todos esos in-

convenientes... no ha hecho usted más que aumentar mis deseos de conocer a la familia...

LER.—No... pero, ¿de verdad quiere usted venir a casa?... ¿No era una broma para ver lo que decía yo?

PAB.—(Muy contento.) Nada de bromas, querido Lerminier. Yo necesito pasar un rato entre personas que no sean como éstas..., respirar un ambiente de honradez, tranquilo, sincero...

LER.—En ese caso... será preciso que vaya a avisar.

PAB.—(Vivamente.) Hombre, no, guárdese usted de avisar a nadie: nosotros vamos a la suerte de lo que haya para comer; sea lo que quiera..., lo bonito es la sorpresa.

LER.—(Apurado y lleno de confusión y vergüenza.) ¿Sí, eh? Pues mire usted, hay días de muy mala suerte, y si caemos en uno de esos, la sorpresa será desagradable, y la cara que luego me pondrá mi mujer... también.

PAB.—Usted le dice que lleva a un compañero del despacho que se ha convidado tranquilamente, porque hoy se tenía que quedar sólo en París.

LER.—(Negando con la cabeza.) ¡Esa no cuela!... No se lo creerán... porque mi mujer sabe muy bien que en el despacho todos nos tuteamos.

PAB.—(Dándole, complacidísimo, palmaditas en la espalda.) ¡Pues tú me tuteas, mi querido Lerminier!

LER.—¡Oh! Señor Dumont... No me atreveré... No podría.

PAB.—Sí, hombre, sí... ¿No has de poder? Quedamos en que a las siete vendrás por mí... ¿Estamos conformes?

LER.—Bien, puesto que usted se empeña...

PAB.—No, hombre, no... No es eso. «Puesto que tú quieres...»

LER.—Puesto que... tú quieres... (Con gran dificultad, como es natural, y estrechando la mano que Pablo le tiende.)

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Lerminier. Al foro, puerta de entrada que da a un corredor, en donde se ve una gran percha colgada. A la derecha, puerta de habitación y otra a la izquierda, ambas en los segundos términos; en el primer término izquierda, chimenea. Al foro izquierda, un aparador con vajilla. Al foro derecha, un trinchero con platos, botellas y floreros con flores. En primer término derecha, una pequeña biblioteca «étagère» y, sobre ella, una repisa que sostiene dos vasos grandes para flores y varios libros, y periódicos franceses esparcidos. En las paredes, cuadros propios de comedor de la clase media y las sillas correspondientes. En medio, gran mesa de comedor ovalada, y, sobre ella, pendiente del techo, una lámpara de comedor que va encendida. Delante de la chimenea, el sillón del Abuelo. Acaban de comer—(la comida francesa equivalente a nuestra cena)—. Audrea, ayudada por Magdalena, están quitando la mesa. El niño Alberto se ha quedado dormido en su silla alta, a la derecha, junto a la mesa. Felipe, con los codos apoyados en la mesa, está leyendo un periódico El Abuelo, cerca de la chimenea, enciende su pipa. Lerminier, sentado en primer término derecha, vuelto sobre su silla, con un codo sobre la mesa y las piernas cruzadas, reflexiona.

ABU.—(Maliciosamente, soltando bocanadas de humo de su pipa, que está encendiendo, a Lerminier.) Oye, tú, ¿no vendrá esta noche tu amigo el anarquista?

LER.—(Asustado.) ¿Quién?... ¡Yo no tengo ningún amigo que sea anarquista!

ABU.—El amigo Pablo.

LER.—Ese no es anarquista... ni mucho menos.

AND.—¿Qué sabes tú? ¡Tú te fías del primero que llega!

LER.—(Protestando.) Pero si ese...

ABU.—(Interrumpiéndole, convencido.) Un hombre desesperado de la sociedad, que la odia; que sostiene que las gentes no piensan más que robarse unos a otros; un hombre que asegura que los mejores se venden, con tal de que se les fije un precio... ¿Me quieres decir si no es un anarquista?

LER.—¡Abuelo!... ¡Si yo le pudiera demostrar a usted... (Riéndose como a su pesar.) hasta qué punto es absurda y es disparatada esa suposición!...—¡como que tiene mucha gracia!—el primero en echarse a reír sería usted mismo. (Se dirige a la chimenea para buscar tabaco en un bote que hay encima con otros varios cachivaches de uso familiar.)

ABU.—Bueno, bueno. ¡Ya lo veréis! ¡Los conozco yo muy bien! Advirtiéndote que si te he dicho eso, no es porque a mí me den miedo, ni muchísimo menos..., es un muchacho muy simpático tu amigo Pablo, me gusta discutir con él y, mira, sentiría mucho que no viniera esta noche... Le tengo preparado un argumento... (Viendo que Lerminier busca inútilmente en la caja.) ¡Ah, diantre! ¿Querías tabaco? ¡Si lo hubiera sabido!... He llenado la pipa con el último que quedaba.

LER.—No importa, abuelo, no se preocupe usted.

FEL.—(Alargando su cigarrera.) ¿Un cigarrillo, tío?

LER.—(A Felipe.) No, gracias, no. (Se dirige hacia la biblioteca para coger un periódico.)

AND.—Marta ha tenido que bajar a la calle y os traerá un paquete.

ABU.—¡Ah! Muy bien, muy bien.

AND.—(Quitando el mantel, a Felipe.) ¡Felipe, levanta el periódico, hijo! Eres como tu hermana; ¡cuando metéis las narices en la letra de imprenta, como si no estuvierais ya en el mundo!

ABU.—(A Lerminier.) ¿De modo que no sabes si vendrá esta noche?

LER.—(Sin volverse.) No sé... no lo he visto hoy. (Continúa revolviendo entre los papeles.)

ABU.—Quería yo preguntarle qué piensa de la cooperación; y como en seguida él me la va a declarar impracticable, yo le dejo pegado a la pared con el ejemplo de nuestra Cooperativa. Porque, en fin, no hay más que hablar; eso existe, eso marcha, eso es práctico. No le roban a uno los tenderos, y se tiene todo de mejor calidad y más barato. Lo cual prueba que la solidaridad obrera no es solamente una expresión de mitin, ¡que sirve para algo!

LER.—(Sin volverse.) A mí, ya sabe usted, que todas esas historias me dejan sin cuidado... Procuro cumplir lo mejor que puedo con mi deber... que todos hagan lo mismo y...

AND.—(A Magdalena.) ¡Nena! ¡Buenas noches al abuelo, a tu padre y a Felipe... y a acostar! (La niña le da un beso a su abuelo y luego a Lerminier y a Felipe. Andrea levanta de su silla al niño dormido y vase foro con los dos pequeños.)

LER.—(Prestando atención al exterior.) ¡Me parece que acaban de cerrar abajo!

ABU.—Puede que sea tu amigo.

FEL.—(Sin dejar la lectura.) No; es Marta que vuelve.

LER.—¡Ah! Sí.

(Cruza Marta de derecha a izquierda, por el foro.)

ABU.—(A Lerminier, sonriendo y en tono confidencial.) Dime, ¿no lo encuentras tú bastante triste desde hace algunos días?... A ese muchacho le debe pasar algo malo... ¿estará enamorado?

LER.—No, no lo creo. Hace algunos meses se iba a casar y se deshizo la boda; pero no le preocupa eso... a él.

ABU.—A los padres de la niña que no les parecería gran cosa la posición del pobre chico... ¡La gente no se guía más que por el interés!... Una noche me dijo que uno de sus abuelos había sido minero... ¡Y es un oficio en que se hace huelga mucho más a menudo que fortuna!

LER.—(Protestando.) ¡Pues si usted supiera qué fortuna dejó ese abuelo!

ABU.—(Sorprendido.) ¿Qué?

LER.—(Dándose cuenta de su ligereza.) ¡Nada, no!... Lo que yo quería

decir... ¡no sé en qué estaba pensando! ¡Me hace usted perder la cabeza con todas esas historias!...

FEL.—(Doblando el periódico.) Para mí, Pablo está en un error, en un grave error; es un hombre que desprecia el dinero.

ABU.—(A Felipe.) Yo creo que ni siquiera conoce su valor... (A Lerminier, que se encoge de hombros y vuelve a dirigirse a la biblioteca.) ¡Sí, hombre! ¿No le viste la otra noche cuando le hablábamos de Bretonneux y de su invento? ¡Le parecía mentira que no hubiera podido encontrar quien le prestase cincuenta mil francos para sus ensayos! (Imitando el tono del aludido.) «¡Cincuenta mil francos!... ¡Esa miseria!... ¡En seguida!..»

FEL.—(Riendo.) Pues la otra noche le decía a mi tío...

LER.—(Sin poderse contener.) ¡Hombre, si os parece, podíais cambiar de conversación! ¡Siempre lo mismo! ¿No sabéis hablar de otra cosa?

ABU.—(En tono de broma, a Lerminier.) ¡Pero, hijo, si es que nos ha caído en gracia tu amigo Pablo y nos choca su manera de pensar! ¿Te sabe mal que nos haya parecido simpático... aunque sea anarquista?

LER.—(Malhumorado.) ¡Vaya, bueno! ¡Otra tontería! (Suena un timbre dentro.)

FEL.—¡Ah! ¡Ahora sí que es él! Le conozco en la manera de llamar. (Se dirige hacia la puerta.) Sí, es él... (Vase foro.)

LER.—(Va hacia la izquierda, refunfuñando a media voz.) ¡Señor! ¡Señor! ¡A nadie le suceden estas cosas más que a mí!

ABU.—(Riendo.) ¿No te decía yo que vendría? Me lo estaba dando el corazón.

AND.—(Dentro, en el recibidor.) No, hoy no se ha portado usted bien. Debía usted haber venido antes y hubiera comido con nosotros.

(Entra Pablo por el foro derecha, acompañado de Andrea y Felipe.)

PAB.—Le aseguro a usted que hoy no me era posible... (Yendo hacia el Abuelo, que se ha adelantado.) ¡Buenas noches, señor Andrés! (Estrechándole la mano.)

AND.—(Al Abuelo.) ¿Verdad, padre, que debía haber venido a comer esta noche con nosotros? (A Pablo.) Teníamos, precisamente, ese guisado de carne que a usted le gusta.

PAB.—Lo siento infinito. Bien saben ustedes que yo no gasto cumplidos y que tengo muchísimo gusto en venir aquí; pero esta noche, de veras...

ABU.—(Dándole golpecitos en el hombro y en tono de broma.) Vamos, sí... comprendido... esta noche estaría usted convidado en el gran mundo...

PAB.—(Muy risueño.) ¡Justamente! (Tendiéndole la mano a Lerminier.) ¿Y tú? ¿Cómo estás?

LER.—Bien, y... *tú?*

PAB.—Bien, muy bien. (Buscando con los ojos.) Y mis amigos, los señores... (Indicando, con la mano a corta distancia del suelo, que se refiere a los niños.)

AND.—¿Los pequeños?... Ya se acostaron.

PAB.—(Sacando de uno de los bolsillos de su abrigo un paquete de bombones.) Lo siento, porque les traía una cosa.

AND.—¡Ay! Muy mal, amigo Pablo... ¡Hace usted muy mal! Acabaremos por enfadarnos de verdad con usted...

PAB.—No, señora, no; porque para quitarle a usted el enfado y evitar que me riña... le traigo este ramito de violetas, y este otro para Marta. (Volviendo del foro con ellas.)

AND.—Pues, no, señor, no las quiero. Eso no está bien. ¿Por qué ha de creerse usted obligado a hacernos regalos y tirar el dinero a la calle? Nosotros le recibimos a usted con mucho gusto, de todo corazón...

PAB.—(Protestando.) ¡Pero, señor, si yo también se lo ofrezco a usted de todo corazón!...

ABU.—(A la mujer, riendo.) ¡Bien contestado! ¡Hija, no te queda más remedio que dar las gracias!...

AND.—(Tomando las violetas.) ¡Qué bonitas son y qué bien huelen!... (A Lerminier.) ¡Mira! ¡Huele! (El separa con gesto contrariado la cabeza. Ella llamando.) ¡Marta! ¡Marta!

LER.—(A Pablo, que vuelve de colgar su abrigo en el recibidor.) Pero, siéntate, hombre... Siéntate.

ABU.—(Adelantando una silla.) Venga usted aquí, cerca del fuego... Con este tiempo tan perro, no dará mucho gusto ir por la calle.

AND.—Vamos a ver, ¿qué prefiere usted? ¿Un ponche, una taza de té, algo caliente?

PAB.—(Que no se ha sentado todavía.) No, nada, de veras; muchas gracias.

LER.—(Que ha tomado una silla para sentarse delante de la chimenea.) Sí, hombre, sí... una copa de ese licor... Lo prepara mi mujer, y esta última vez ha salido muy bien... (A su esposa.) Trae, trae la botella y unas copas...

(Andrea se dirige hácia el aparador. Marta sale por la segunda izquierda trayendo en la mano un cestito de labor que coloca en la mesa. Viste un elegante delantal blanco, de los altos, sostenido por bridas bordadas.)

AND.—(A Marta.) ¡Mira, Marta, qué flores más bonitas nos acaba de traer Pablo!

PAB.—(Se vuelve y saluda.) ¿Cómo está usted, Marta?... ¡Eso no merece la pena!

MARTA.—(Contesta a su saludo.) ¡Buenas noches, Pablo!... (Toma los ramos y los huele.) Pero, ¿violetas en este tiempo? ¡Le deben de haber costado a usted un dineral!...

PAB.—(Lleno de confusión, mirando a Lerminier.) No, no lo crea usted... Es un amigo que tiene un gran invernadero...

MARTA.—¡Voy a ponerlas en agua, corriendo! (Se dirige al *étagère.*)

ABU.—(Dándole familiarmente una palmadita en el hombro a Pablo.) Pues oiga usted, querido, oiga usted... ahora mismo le estaba yo diciendo a mi yerno que sentía mucho, mucho, no verle a usted hoy por aquí...

PAB.—(Volviéndose muy afable y comunicativo.) ¡Ah! ¿Sí? Pues ¿qué hay de nuevo, señor Andrés? (Se sienta delante de la chimenea. El Abuelo detrás. Lerminier delante. Felipe queda en pie detrás de ellos. Andrea prepara las copas y la botella, que pone encima de la mesa del comedor. Marta está poniendo las flores en unos vasos con agua sobre la repisa del *étagère.)*

ABU.—Vamos a ver, querido Pablo, ¿usted sabe lo que es una cooperativa?

LER.—(Levantando los brazos al cielo.) ¡Padre, por Dios, no se ponga usted pesado! Hablemos de otra cosa.

ABU.—Hombre, tú no nos oigas, si no quieres; pero al señor, estas cuestiones le interesan... Déjanos hablar...

PAB.—Sí, señor, sí; tiene usted razón; yo le oigo a usted con mucho gusto. Usted me enseña una porción de cosas... usted me descubre horizontes para mí hasta hoy desconocidos...

ABU.—(Confundido y lleno de satisfacción.) ¡Oh! ¡No tanto, no tanto! No se burle usted de mí... Yo no soy más que un pobre viejo...

MARTA.—(Viene desde el otro extremo de la habitación a entregarle a Lerminier su paquete.) Tome usted, tío... el tabaco...

LER.—¡Ah, gracias!

(Marta se sienta frente a su cesta de labor, delante de la mesa, a la izquier-

da. Andrea está sentada al otro lado. Lerminier acaba de abrir el paquete del tabaco y llena silenciosamente su pipa.)

PAB.—(Sigue hablando con el Abuelo.) Sí, señor... ¡Yo admiro la hermosa confianza que tiene usted en lo porvenir!

ABU.—(Bondadosamente.) Llámenme papanatas, simple, majadero... No importa; yo creo que aún existe en el mundo una mayoría de gentes honradas. Hay una minoría de ambiciosos que se lo guisa y se lo come todo... ¡Pero, la masa!... ¡La masa es buena!... Sólo que no se mueve lo bastante, por indiferencia, egoísmo o resignación... ¡Y la minoría conduce a la masa!

LER.—(Sacudiendo la cabeza con muestras de malhumor y entre dientes.) ¡La canción de todos los días!

FEL.—¡Ay, abuelo!... Pasaron aquellos tiempos de las barricadas en que los hombres iban estúpidamente a dejarse matar por las ideas.

ABU.—(A Felipe.) Ya lo sabemos, hijo, ya lo sabemos... (A Pablo.) Sí, señor; ya no quedan (permítame usted que se lo digan) más que algunos libertarios *enragés* como usted que piensen en una revolución violenta.

PAB.—(Sorprendido.) ¿Como yo?... ¡Ah! ¿De modo que yo... pienso en una revolución violenta?

ABU.—Pero no hay que desanimar... ¡Paciencia!... ¡La emancipación de la masa llegará a pesar de todo, y llegará por... (Palabra por palabra con mucho retintín.) ¡por la cooperación!

FEL.—Sí... ¡Podemos esperarla sentados!

PAB.—(Interesado.) A ver, a ver... ¿Cómo está eso, señor Andrés?

ABU.—(Sonriendo complacido.) La revolución se opera, sí, señor, de una manera lenta, pero segura, como las revoluciones naturales. Después de las cooperativas de consumo, vendrán las cooperativas de producción...

FEL.—(Riendo.) ¡Eso será cuando los aeroplanos hayan sustituído a los ferrocarriles y a los vapores... ¡Un día de estos!

ABU.—(A Felipe.) ¿Y por qué dices eso, joven?

FEL.—Señor, usted es tipógrafo, yo electricista: los dos sabemos lo que un obrero gana, ¿cómo quiere usted que, teniendo que economizar de su salario, puedan nunca los obreros llegar a competir con las grandes compañías que tienen una situación conquistada, clientela segura, vías de salida para sus productos, inmensos mercados, material que representa millones y millones? Dejémonos de tonterías, abuelo... Lo que cada cual tiene que procurar es la mayor ganancia posible, hacer dinero, diga lo que quiera el señor Pablo.

PAB.—No, ¿quién dice lo contrario? Claro que eso es indispensable.

ABU.—(Señalando a Felipe, riendo.) ¡Ahí lo tiene usted! ¡Los jóvenes de hoy!... No quieren que se toque a los capitalistas... ¡porque esperan ellos a llegar a serlo algún día! (Con verdadera convicción.) A pesar de todo, no tenga usted cuidado. Las ideas de solidaridad se van abriendo camino entre los trabajadores, la siembra va dando ya su fruto, y el imperio de los que lo tienen todo, de los que gozan de todo hasta la saciedad, sin hacer nada, sin producir nada... el imperio de los zánganos, de los parásitos que viven del trabajo de los demás...

LER.—(Interrumpiéndole vivamente, se levanta.) ¡Padre! ¡Padre!... ¡Que se va usted a poner ronco!... Basta ya de política, ¿no le parece a usted? Después de todo, los descontentos tienen su voto, pueden votar lo que mejor les parezca, ¿no es verdad, Pablo?... (Siempre que se dirige a éste, lo hace vacilando: el tuteo le cuesta mucho trabajo.)

FEL.—(Riendo.) ¡El voto! ¡Vaya una solución! ¿Me quiere usted decir para qué sirve con estos Gobiernos?

AND.—(Como todos, en tono de broma.) Mientras el padre arregla la felicidad universal, bébase usted eso, que se está evaporando... Será lo mejor. (Pablo se levanta.)

MARTA.—(Aprobando con un movimiento de cabeza.) ¡Sí, mejor será!...

ABU.—(Que se ha levantado, a Marta, cogiéndola por una oreja.) ¡Ah! ¿Tú también? ¿Tú también contra mí? ¡Ya no faltaba más que los chicos! (A Pablo.) ¡Le advierto a usted que aquí se ponen todos de acuerdo para taparme la boca!

PAB.—(Sonriendo.) A Marta no deben de interesarle gran cosa las cuestiones sociales... (Toma una copa; Andrea y Felipe hacen lo mismo.)

LER.—(A Pablo, al mismo tiempo que ofrece un vaso al Abuelo.) ¿Quién, ésta? No la conoces tú. ¡Allí donde la tienes, que parece una mosquita muerta, es la más exaltada de todos!...

PAB.—(Que se llevaba el vaso a los labios, se detiene sorprendido.) ¡Ah, sí?...

ABU.—(Con satisfacción y gravedad cómica y casi al oído de Pablo.) ¡Va... más allá que yo, que soy su maestro!

MARTA.—(Levantando la cabeza de su labor.) ¡Sí, tío, sí; prefiero lecturas provechosas, de cosas útiles, a la de las novelas de folletín... Y después de mucho leer y de reflexionar mucho, he llegado a una conclusión, a un ideal, que no es el de todo el mundo. ¿Es que nos está prohibido a las mujeres pensar, tener ideas?

LER.—(Encogiéndose de hombros, a Pablo.) ¡A... tu salud!

PAB.—(A Marta, presentándole su copa y en tono de broma jovial.) ¡Brindemos por sus principios de usted, Marta!... ¡Hasta por la revolución social, si usted quiere!

MARTA.—¿También usted se burla de mí?

PAB.—No, señora, no. No me lo permitiría nunca. (Bebe.)

FEL.—¿Eh? ¿Qué tal, Pablo? ¿Qué le parece a usted?

PAB.—Excelente, señora. (A Andrea.) Está riquísimo de verdad. (Volviéndose a Lerminier.) ¿Conque tan avanzadas son las ideas de... tu sobrina?

LER.—¡Ya lo creo! ¡Revolucionarias del todo!

MARTA.—(Sonriendo bondadosamente.) No haga usted caso. Todas esas bromas son porque una noche dije que para ser feliz era preciso contentarse con tener lo preciso, lo indispensable, y... que todos los bienes de la Tierra debían ser de todos, como el aire y el sol, y no de unos cuantos, como sucede en el mundo, y me parece una injusticia muy grande... (A Pablo, con alguna seriedad.) En vez de reírse, usted debiera pensar como yo, puesto que odia a los ricos y desprecia el dinero... (A Andrea.) Tía, ¿has visto el ovillo de algodón negro?

AND.—Sí, encima de la cómoda de tu cuarto. (Marta se va por la izquierda.)

LER.—(A Pablo, como censurando lo que juzga una salida de tono de la niña.) ¿Qué? ¿Estás contento?

PAB.—¿Por qué no? ¡Si no me parece tan mal!... Eso prueba que Marta reflexiona, qué tiene un gran corazón, un carácter, voluntad... Y todo eso no es tan frecuente en los tiempos que corren... (Suena el timbre de la puerta, que produce la natural sorpresa.)

AND.—¿Quién puede llamar a estas horas?

LER.—Felipe, anda a ver quién es... (Felipe vase foro.)

AND.—Sin duda, la vecina, la señora Elena, que se habrá quedado sin fósforos...

FEL.—(Dentro, en el pasillo.) ¡Hola, señor Bretonneux! ¡Buenas noches!

ABU.—¡Ah! ¡Es el señor Bretonneux! (A Pablo.) ¡Cuánto me alegro! ¡El inventor de quien le hablaba a usted la otra noche! (Levantándose.) ¡Voy a presentárselo!

LER.—(Vivamente.) ¡No, padre, no! ¡No faltaba más! Es un hombre muy pesado, llévele usted a su cuarto, o a donde quiera, pero ¡que no pase aquí, de ningún modo!...

AND.—(Sorprendida y sin comprender lo que le sucede a su marido.) ¿Cómo? ¿No quieres que recibamos a Bretronneux?

LER.—(Cada vez más impaciente, procura ocultar a Pablo, de espaldas a la puerta.) ¡Aquí no! Dile que tenemos visita, que estoy muy ocupado...

(Aparecen en la puerta del foro, sin entrar, Bretonneux y Felipe.)

BRET.—¡Buenas noches, señores! ¡Tengo una gran noticia que darles! ¡No he querido esperar a mañana!... (Lerminier se esfuerza por ocultar a Pablo detrás de él.)

AND.—(Yendo hacia donde está Bretonneux.) ¿Quiere usted pasar a esta otra habitación? Venga usted, venga usted, señor Breto...

BRET.—¡Ah! Tienen ustedes visita .. Perdóneme... no sabía. (Desaparece con Andrea por el foro izquierda.)

ABU.—(Yéndose detrás de ellos.) ¡Sí, sí! Mi yerno está ocupado, pero yo soy con usted... (Vase foro también. Toda la escena muy rápida, todos hablan casi a la vez. Lo importante es que advierta el público el apuro de Lerminier, perfectamente justificado por el hecho de que el inventor ha visto varias veces a Pablo y le conoce. Lerminier cierra la puerta del foro.)

LER.—(Con gran agitación.) ¡Ay! ¡Qué miedo he pasado!

PAB.—(Sonriendo, pasa a la derecha.) ¡El diablo del inventor!

LER.—(Amargamente.) ¿Qué le parece a usted? ¡Si llega a entrar... si le llega a reconocer!... ¡Ah, señor Dumont! Este es un juego muy peligroso... muy peligroso... (Con espanto.) ¡El día en que se descubra todo!

PAB.—(Tranquilizándole.) Pero, hombre, Lerminier, no hay que exagerar. De cualquier cosa hace usted una montaña. ¿Qué mal hay en todo esto?

LER.—Mientras se trató de satisfacer uno de sus caprichos de usted, traerle a comer aquí un día, por curiosidad... me pareció muy bien. Pero ahora que viene usted a diario, que es como de la casa, como uno de la familia...

PAB.—¿Le parece a usted que vengo demasiado, Lerminier?

LER.—No, señor Dumont, eso no... Pero déjeme que les diga quién es usted... ¡Es tan penoso para mí estar engañándoles?...

PAB.—(En tono de súplica.) ¿Y por qué quiere usted romper el encanto? ¡Si usted supiera lo que gozo no siendo aquí más que Pablo, su amigo de usted, su compañero... lo que ellos se imaginan, Pablo sencillamente!

LER.—Pues mire usted, a mí me va a costar una enfermedad... En cuanto llega usted me entra tal miedo de certarme, que ya no sé qué decir, hablo a tontas y a locas, a cada momento me hago un lío... ¡lo mejor sería que me fuera a la calle en cuanto le veo entrar! ¡Yo no puedo resistir por más tiempo este suplicio!

(Sale Marta por la segunda izquerda.)

PAB.—(Que ve llegar a Marta. Aparte a Lerminier.) ¡Calle usted! (Alto.) ¿De modo que, según parece, va a realizar sus proyectos el señor Bretonneux?

MARTA.—Sentándose delante de la mesa, a la izquierda.) ¡Ah! ¿Es el señor Bretonneux el que ha venido?

LER.—(A Pablo.) Yo lo celebraría de veras, porque es un buen hombre. Personas competentes han asegurado que su máquina es ingeniosa y muy realizable.

PAB.—¡Ah! ¡Pues entonces!...

(Entra Felipe por el foro izquierda y se dirige a Lerminier.)

FEL.—Tío, un momento. No se puede usted figurar lo que viene a contarnos este hombre... Es maravilloso.. (Con mucho interés.)

LER.—Pero, ¿hay algo de nuevo?

FEL.—Sí, señor, sí, venga usted.

LER.—(A Pablo.) Con... tu permiso.

PAB.—¡Sí, hombre, no faltaba más! (Lerminier y Felipe se van por el foro

izquierda. Pablo, para disimular su confusión, toma el periódico que Felipe ha dejado sobre la mesa.) ¿Y usted, Marta, no tiene curiosidad por conocer las aventuras de ese señor?

MARTA.—(Trabajando, como seguirá durante casi toda la escena.) Ya me las contarán. Prefiero adelantar mi labor.

PAB.—(Sin saber qué decir, coge una silla y la lleva cerca de Marta, pero se queda delante de la mesa sin atreverse a sentarse.) La veo a usted siempre trabajando...

MARTA.—Sí... no tengo más que la velada para estas cosas... Por la mañana no hay tiempo, y luego todo el día en el Banco General...

PAB.—(Que ya se ha sentado.) ¿Tiene usted mucho trabajo en el Banco?

MARTA.—Como en todas esas casas: inscripciones, comprobaciones. estadísticas...

PAB.—¿Y todo eso, no la aburre a usted?

MARTA.—(Sencillamente.) Al contrario. Tengo una satisfacción y un orgullo muy grandes en ganarme la vida. ¿A usted no le sucede lo mismo?

PAB.—(Confuso.) Sí... desde luego...

MARTA.—Y además, estoy muy contenta porque puedo devolverles a los que nos recogieron, a mi hermano y a mí, un poco de lo que les debo, algo de lo mucho que los pobres han hecho por nosotros.

PAB.—(Conmovido.) ¡Qué buena es usted, Marta!

MARTA.—No... Pero mire usted, la mayor parte de mis compañeras, casi todas, consideran su trabajo como deshonroso, como una necesidad *penosísima* que no hay más remedio que sufrir mientras llega el momento de casarse... para descansar, para no hacer nada... Yo no lo comprendo así; me parece que lo más vergonzoso es vivir a costa de los demás «como un parásito» (Riendo.), que dice el abuelo... ¿No tengo razón?

PAB.—Sin duda... Pero claro es que la carrerra de la mujer, su verdadero destino...

MARTA.—(Vivamente.) Sí, es el matrimonio... no lo discuto. (Pausa.) Yo me he prometido que no he de casarme nunca, ni por pereza, para poder asegurarme una vida ociosa, ni por ambición de una vida de lujo... Usted lo decía la otra noche y es muy cierto: «el dinero no es la felicidad». Por eso yo no deseo un hombre que pueda satisfacer mis caprichos. Si me caso será con un trabajador como yo, un compañero de lucha, muy honrado, que me quiera mucho, y que sea muy sencillo y muy bueno.

PAB.—¡Que la quiera a usted mucho!... eso es lo primero...

MARTA.—Sí, pero que sea de mi clase, como yo... (Sonriendo.) ¡Como nosotros! (Un poquito avergonzada, creyendo haber ido demasiado lejos.) Pero, bien... Ya hemos hablado bastante de mí... Y... ¿usted? Nunca me dice nada de sus ideas, de su vida, de sus proyectos para el día de mañana... Vamos a ver, cuénteme usted ahora lo que ha hecho hoy en su oficina.

PAB.—Aburrirme sobaranamente... (Confidencial, decidido.) ¡Si viera usted qué tristeza más grande es mi vida! ¡Si usted supiera!...

MARTA.—(Interrumpiéndole, severa, juiciosa. Deja su labor.) Algo me figuro y temo... Y ahora me acuerdo de que lo tengo que reñir a usted, muy formalmente, con mucha razón...

PAB.—¿A mí? (Sonriendo.)

MARTA.—Sí, señor. ¿Por qué le compra usted bombones todos los días a mi prima y me trae usted esas violetas, que me gustan mucho, claro, pero que sin duda le han de ocasionar privaciones, apuros?... Yo sé muy bien hasta dónde llega el sueldo de un empleado...

PAB.—(Se ríe de semejante idea, sin poderlo remediar. Luego protesta vivamente.) ¡Oh! No es eso, Marta, no es eso. Otros pesares, otras preocupaciones mucho más graves...

MARTA.—(Con interés.) ¡Pues, señor, confíemelas usted! ¿Quién sabe si entre los dos no les encontraremos remedio? Y si no tienen remedio... consuelo. Aquí todos sentimos mucho verle simpre tan triste.

PAB.—(Cada vez más conmovido, vacilando.) Y si yo le dijera a usted... (Decidido.) ¡Gracias a ustedes, Marta, yo creo que pronto se van a acabar mis tristezas! Cuando entro en esta casa, cuando oigo su voz, todas las penas huyen de mí, y una vida nueva, una dicha desconocida...

(La puerta del foro se abre y entra Lerminier, seguido del Abuelo. Los dos vienen riendo. Y además, con la mayor oportunidad, como se ha visto.)

ABU.—¡Pero qué gracioso es ese hombre! ¡Es un infeliz!

LER.—¡Y claro! Como a usted le divierte, se pasaría usted toda la noche dándole cuerda.

ABU.—Hombre, confiesa que hoy la cosa merece la pena... ¡si no te parece sorprendente lo que le sucede!... Vea usted, Pablo; usted dirá si tengo razón. Le hablé a usted la otra noche del amigo Bretonneux y de los cincuenta mil francos que buscaba.

PAB.—¿Los ha encontrado? (La pregunta es una afirmación.)

ABU.—Sí, señor. ¿Y sabe usted quién se los da? Su principal de ustedes, el señor Dumont.

(Sale Felipe por el foro izquierda.)

FEL. — (Saliendo.) ¡La verdad es que ha tenido suerte el bueno de Bretonneux!

ABU.—(A Pablo.) Oiga usted... Se me olvidaba. No le ha pedido ninguna explicación. Le ha dicho sencillamente: «Muy bien, señor Bretonneux, adelante, vaya usted a trabajar, haga sus ensayos, que yo respondo por usted de los cincuenta mil francos...»

PAB.—(Encogiéndose de hombros.) Después de todo, no tiene gran mérito eso.

ABU.—No, desde luego que no. Claro es que para el señor Dumont viene a ser como si yo le diera diez céntimos a Bretonneux.

FEL.—Y además, él calculará que si el negocio resulta, esos cincuenta mil francos le pueden producir millones.

ABU.—(Dándole palmaditas en la espalda a Pablo.) Y siempre lo mismo, amigo Pablo; la inteligencia de los inventores, como el trabajo de los obreros, sirviendo exclusivamente para aumentar el capital de los ricos, su poder, su tiranía...

(Sale Andrea por el foro izquierda.)

LER.—(Contrariado, en tono de censura.) ¡Bueno, ya la tenemos! (A Andrea.) Mira, ¿nos quieres dar otra copita? Haz el favor.

PAB. — (Vivamente a Andrea.) No, señora, no... A mí no. Es ya muy tarde y será preciso... (Se va a levantar, pero no le dejan.)

AND.—La última, esta nada más.

ABU.—Sí, señor, sí; la despedida... (Andrea llena la copa de Pablo, la de Lerminier y la de Felipe. Los cuatro hombres están al extremo izquierda de la mesa. Marta continúa sentada en el mismo sitio.)

FEL. — Y diga usted, amigo Pablo, usted que le conoce, ¿ese Dumont es, en realidad, un tipo simpático o es un majadero? Yo he oído hablar muy mal de él.

LER.—(Asustado.) No habrá sido a mí, nunca, seguramente...

FEL. — (Protesta sorprendido.) ¡Ah! ¿Conque no nos ha dicho usted que su casa es un escándalo continuo, un verdadero escándalo, una vergüenza? (Felipe a la derecha de Pablo; Lerminier a la izquierda.)

LER.—(Cada vez más impaciente.) ¡Yo! ¡Yo no he podido decirte eso, porque... no lo sé!

FEL. — (Imperturbable.) ¿Y esa mujer famosa de que nos hablaba usted,

esa Margarita de Valois que lo saquea y se burla de él con todos sus amigos?

LER.—¡Mira, Felipe, cállate! ¡Yo no he dicho...!

PAB.—(Riendo con toda su alma, a Lerminier.) Pero, hombre, y aunque lo digas... ¡Si es verdad!... A esa señora te aseguro que no la puedes calumniar...

FEL.—(Insistiendo.) ¡Que está siempre rodeado de borrachines y de perdidos, muy elegantes y aristócratas, eso sí... ¡Que su vida es una orgía perpetua!

PAB.—(Siguiendo la broma, cada vez más contento.) ¡Hombre, Lerminier!... ¿Perpetua? Eso sí que me parece un poco exagerado.

ABU.—(Irónicamente.) ¿Perpetua? ¡Qué más quisiera él! Lo que hay es que no podrá. Esos hijos de millonario se crían todos enfermizos, débiles... Son unos degenerados.

PAB.—¡No! ¿Ve usted? Este no tiene cara de degenerado. ¿Verdad, Lerminier, que no tiene cara de degenerado? (Felipe, Pablo, el Abuelo, Lerminier.)

LER.—(Vivamente.) ¡Qué ha de tener! Pero el abuelo, desde el momento en que se trata de un capitalista...

ABU.—(Exaltado.) ¡No se fíen ustedes de las apariencias!... Puede que a fuerza de cuidados y de gimnasia, físicamente parezca algo; pero por dentro... ¡Esos niños mimados, esos chiquillos consentidos, que siempre han hecho su santa voluntad, son viciosos incorregibles; llegan a hombres consumidos por los abusos, carecen de todo sentido moral, y... suelen ser muy poco inteligentes!

LER.—(Levantando los brazos al cielo.) ¡Bueno va; ya me lo han hecho imbécil!

PAB.—(Riendo.) Sí, señor, sí; tiene usted razón.

ABU.—(A Pablo.) ¿Quiere usted que le diga francamente lo que me parece su señor Dumont?

LER.—(Indignado, violento.) ¡No, señor, no! ¡Maldita la falta que nos hace! Además, es ya muy tarde y Pablo tiene que madrugar...

PAB.—(Al Abuelo, presentándole su copa, antes de beber.) No le haga usted caso a éste y dígame usted, dígame usted a mí qué le parece el señor Dumont.

ABU.—¡Pues mire usted, me hace el efecto de una araña!...

LER.—(Dejando su vaso sobre la mesa, sin haber bebido.) Pero, padre, ¿no le parece a usted que ya... tenemos bastante?

ABU.—(Sin hacerle caso, continúa.) Sí, señor: ¡Me hace el efecto de una araña enorme, que está chupando a la vez la sangre de millares de obreros! (Se echa a reir, como hacen todos, menos Lerminier.) ¡A su salud, mi querido Pablo! (Bebe.)

PAB.—(Después de chocar su vaso con el del Abuelo.) Señor Andrés... ¡no le encargaré yo a usted que haga mi retrato!

MARTA.—(Riendo.) La verdad es que han puesto ustedes bueno a ese pobre señor Dumont.

FEL.—(A Marta.) ¡No, que iremos a compadecerle, si te parece!

PAB.—Sí, Marta, compadézcale usted que nunca le compadecerá usted bastante.

LER.—(Acaba la frase entre dientes.) ¡Por tener que aguantar tanta majadería!

FEL.—¡Sobre que más valiera no hablar tanto y expropiarle los millones mañana mismo!

LER.—(Ya no se puede contener. Furioso, quiere arrojarse sobre Felipe. Pablo le detiene.) ¡Felipe, eres un burro! ¡Un grandísimo burro!

PAB.—¡Vamos, hombre, no te pongas así! ¡No hay motivo para enfadarse!

AND.—(A Pablo, disgustada por el arrebato de su marido.) ¿Ha visto usted? ¡Como si la cosa mereciese la pena!

PAB.—¡Claro que no, señora! Le aseguro a usted que a mí me divierten mucho sus bromas... (Por el Abuelo y Felipe.) y todo lo que se les ha ocurrido esta noche me ha hecho mucha gracia, muchísima gracia.

LER.—¡Pues ya se necesita tragaderas!

PAB.—(Despidiéndose, al Abuelo estrechándole la mano.) ¡Adiós!, señor Andrés, me han hecho ustedes pasar un buen rato; de verdad que siento tener que dejarles.

AND.—Oiga usted, Pablo... Estos ni siquiera se acuerdan... Pero mañana es mi cumpleaños... ¿no vendrá usted a almorzar con nosotros?

LER.—(Lamentando el olvido.) Es verdad, mujer... sí que vendrá, sí. ¡No faltaba más!

PAB.—Por mi parte, con mucho gusto. Hasta mañana y... que pase usted un día feliz .. (A Marta.) Adiós, Marta... hasta mañana.

AND.—¡Que no falte usted! Felipe, la escalera estará a oscuras.

LER.—(Vivamente.) Yo bajaré con él... (A Felipe.) ¡Vamos, hombre, alúmbranos! ¿Qué haces? (Vanse por el foro derecha, Pablo, Lerminier y Felipe. Andrea vase por la segunda izquierda.)

ABU.—(A Marta, maliciosamente.) Pues no creas, ¿eh? A ninguno de los dos les hace gracia que se les hable mal del amo... Y, sin embargo, el dichoso Dumont es uno de esos seres que avergüenzan a la Humanidad... No tienes más que pensar en el número incalculable de vidas humanas que sus millones han costado y cuestan todavía. ¡Ah! Y con todo su dinero, si no fuera por nosotros, los trabajadores, esos ricos no tendrían ni siquiera un pedazo de pan que llevarse a la boca. Mientras que los trabajadores pueden muy bien pasarse sin ellos. Su desaparición de la Tierra no impediría al trigo crecer ni a la Humanidad vivir. (Se sienta.)

MARTA.—(Recogge su labor.) No sé por qué me ha dicho Pablo que debía compadecer a ese señor Dumont... (Indignada, convencida.) Yo compadezco a los desgraciados como el pobre señor Anselmo, que se ha pasado toda su vida trabajando y ahora se ve obligado a pedir limosna; compadezco a nuestra vecina, la pobre señora Elena, que tiene que matarse para dar de comer a sus cuatro criaturas... Pero, ese Dumont... no merece lástima... no merece más que desprecio. (Pausa.)

ABU.—¿Has visto qué contento estaba Pablo esta noche? Ese sí que es un muchacho simpático, franco, leal, con el corazón en la mano... ¡Qué bueno es! Ese chico me tiene enamorado. (Bajando la voz, y muy cerca de Marta.) Y a ti .. también, ¿verdad, muñeca?

MARTA.—(Ruborosa). ¿Yo? Abuelo...

ABU.—¡Vamos, confiésalo, tonta! ¡Si estamos solos!

(Sale Andrea por la segunda izquierda, con tres palmatorias con sus bujías correspondientes, que deja sobre el aparador. Sale Felipe y Lerminier por el foro derecha.)

FEL.—(Sale riéndose.) ¡Acabamos de despedir a un hombre feliz! No sé de qué se reía con el tío y se burlaba de él, abajo, en el portal, armando con sus bromas y sus risas tal alboroto, que la portera ha salido a ver lo que pasaba.

LER.—(Sale frotándose las manos de contento. Es el hombre a quien se le acaba de quitar un grave peso de encima.) ¡Ay, gracias á Dios! ¡Ahora ya podéis decir todo lo que os dé la gana! Pero hacedme el favor, ¿eh? Delante de Pablo, no digáis tonterías. Conoce mucho al amo y por fuerza le ha de saber mal oiros...

ABU.—(Interrumpiéndole.) Mira, no nos vengas con historias. ¡Si te cree-

rás que Pablo es como tú, que de todo te asustas! El es el primero que se ríe, y bien contento se acaba de ir.

LER.—No, eso sí que es verdad...

ABU.—¡Pues, entonces!...

AND. (A Lerminier.) Oye, Juan, estaba yo pensando una cosa...

LER.—¿Qué?

AND.—Puesto que a ese muchacho le gusta tanto venir a casa y está sólo en París, ¿por qué no le dices que se venga a vivir con nosotros? (Lerminier mira a su mujer asombrado. Los demás aprueban la idea.) El ha de pagar una fonda, una casa de huéspedes...

LER.—(No sale de su apoteosis.) ¿Que... se venga a vivir con nosotros?

AND.—Sí, hombre... Guisar para siete o guisar para ocho, es lo mismo.

LER.—(Sin saber lo que dice.) Conque... ¿guisar para siete o guisar para ocho? (Bruscamente indignado.) Pero .. ¿tú sabes lo que dices? Bueno, mira... no hablemos más. Será lo mejor. (Marta enciende su bujía.)

AND.—Sí, hombre... iríais juntos al despacho, volveríais juntos...

LER.—(Secamente.) No, prefiero ir solo. (Se dirige hacia la derecha.)

MARTA.—¡Vaya, buenas noches! (Besa a Andrea y vase por la izquierda.)

LER.—¡Buenas noches! (Enciende también su bujía y va a salir por el foro.) ¡Buenas noches; que descanséis!

ABU.—(Deteniéndole.) Oye, ven aquí, ven... Estaba esperando a que se fuera la niña, para preguntarte una cosa. (En voz baja, confidencial.)

LER.—¿Qué hay?

ABU.—¿Tú conoces bien al amigo Pablo?

LER.—Sí, bastante... ¿por qué?

ABU.—¿Es de buena familia... personas decentes? (Lerminier asiente con la cabeza. Andrea y Felipe atienden con gran interés.) ¿Tiene el porvenir asegurado?... Porque claro es que, siendo un hombre trabajador, yo creo que nunca se morirá de hambre.

LER.—(Sonriendo.) No, no hay miedo. Pero, ¿se puede saber a qué viene?

ABU.—Hijo, una idea que se me ha ocurrido. Pablo es un buen amigo tuyo... A todos nos es muy simpático... todos le queremos...

LER.—(Cada vez más inquieto.) Bien, ¿y qué?...

ABU.—Pues, mira, que estaba yo pensando... ¿no te parece que podría ser un buen partido para Marta? (Señalando a la puerta por donde la muchacha se acaba de ir.)

LER.—(Asombrado.) ¿Para... Marta... él... ese... Pablo? (Subiendo de tono a cada palabra.)

AND.—(Sin comprender la indignada sorpresa de su marido.) Sí, hombre, sí... Yo también lo he pensado muchas veces...

LER.—(Imitando el tono de Andrea.) ¡Ah! ¿Sí?... ¿tú... también? ¿Tú también lo has pensado?... (Pausa. Los mira con aire de lástima, y luego, como adoptando la única resolución posible, coge su palmatoria.) ¡Bueno! ¡Que descanséis! ¡Buenas noches!

ABU.—(Deteniéndole.) ¡Pero, hombre, me parece que no he dicho ningún disparate!...

AND.—Ella es bonita, lista, trabajadora... ¿qué más puede pedir un hombre? (Lerminier mira a unos y a otros con expresión indefinible.)

ABU.—¿Que no tiene dote? Es verdad, pero puesto que él desprecia el dinero...

LER.—(Fuera de sí.) ¡Señor! ¡Señor! ¿Pero es... que no lo habéis comprendido aún? ¿Será preciso que yo os lo diga?... ¡Bueno, pues!... (Transición.) ¡No, si acabarán por volverme loco! ¡Hasta mañana, si Dios quiere!.... ¡que descanséis! (Vase por el foro. El Abuelo, Andrea y Felipe se quedan inmóviles y llenos de asombro.)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Son las doce de la mañana. Todos los muebles están dispuestos con el mayor orden. En el rincón de la derecha del foro, un gran ramo de flores. Otros más pequeños en la mesita, sobre el aparador y encima de la mesa. Al levantarse el telón, suena el timbre de la puerta de la escalera. Andrea, con un delantal sobre su vestido de día de fiesta, sale por la segunda derecha y se va por el foro a abrir la puerta. Vuelve Andrea con Marta. Esta viste un sencillo traje de calle. Vienen las dos mujeres en animada conversación.

ANDREA.—¿Quién, tu tío? No, afortunadamente no ha venido aún. Y como delante de él no se puede hablar de estas cosas, estaba deseando que llegaras tú antes para saber... novedades... Porque supongo que las habrá... Vamos, cuéntame... ¿Llegó a explicarse anoche Pablo?...

MARTA.—(Se está quitando los guantes, el sombrero y el abrigo.) No. (Con graciosa mueca de disgusto.)

AND.—¿Cómo que no? Pues yo, al verle tan contento, me figuré que ya... se había decidido el hombre. Cuando llegó el inventor y nos fuimos al despacho de tu tío...

MARTA.—Sí, hablamos. Pero yo no sé lo que le pasa. Cuando nos quedamos solos, no se atreve ni a mirarme. Parece una criatura.

AND.—¡La mejor prueba de que te quiere!...

MARTA.—(Sonriendo.) Ya lo sé, pero con eso, no adelantamos nada. Sin duda le parece al muy tonto que le van a dar unas calabazas y... «no se atreve...» Hay momentos en que parece que se decide, casi está a punto de soltar la renda, y cuando ya no le falta más que decir una palabra... se detiene... y no la dice... (Pausa.) Y el caso es que yo... no debía darle tanto miedo, ¿verdad, tía?

AND.—¿Qué sabemos? Es muy posible que tú no le animes lo bastante. Al que no te conozca mucho, has de parecerle demasiado orgullosa, digna discípula del abuelo. Tal vez no le trates con la confianza necesaria... ¡Y hay muchos hombres, hija mía, con los que no tiene una más remedio que dar los primeros pasos! ¡Ahí tienes a tu tío; pues, si no llega a ser por mí, no te quepa duda, a estas horas todavía estábamos esperando que se atreviera a declararse!...

MARTA.—(Reflexionando.) Hoy vendrá a almorzar con nosotros. Tienes razón, tía. Haré lo que me dices, le ayudaré yo a explicarse y... veremos.

AND.—Eso es. Pero ni una palabra a tu tío.

MARTA.—Una cosa que no puedo comprender. Porque mi tío, que le demuestra a Pablo una gran amistad, y que me quiere mucho, ¿se opone a nuestras relaciones?... (Con maliciosa sonrisa.) Sí, oí anoche, desde mi cuarto, lo que os dijo.

AND.—No le hagas caso. Para el tío, la cosa más sencilla es un negocio de Estado. Es un hombre que se ahoga en un vaso de agua, que teme pecar siempre y no quiere admitir responsabilidades... Cuando la boda sea un hecho ya lo verás: el más contento, el más entusiasmado será él...

MARTA.—Y sobre todo, yo creo que si Pablo... (Se detiene, apoyándose de codos en la mesa, cambia de tono.) Tía... ¿crees tú que me quiere?

AND.—¡Ay! ¿Qué quieres que te diga, hija mía?... En esos asuntos, no hay mejor juez que una misma. ¿Tú... le quieres?

MARTA.—(Avergonzada, confusa.) Yo... yo creo que sí.

AND.—(Con entusiasmo.) ¡Y haces muy bien! Es un muchacho muy simpático, bueno, bien educado; te gusta, le gusta a tu hermano, al abuelo, me gusta a mí... ¡Diga lo que quiera el tío, yo creo que te conviene, y... (Suena el timbre de la puerta.)

MARTA.—(Temblando.) ¿Será él... ya?

AND.—(Sonriendo.) Ya ves si se da prisa por venir a verte...

(Andrea vase por el foro a abrir. Marta recoge apresuradamente su abrigo, sombrero, etc., y se va a su habitación, segundo término izquierda.)

AND.—(Dentro.) Pase usted, pase usted, amigo Pablo...

(Salen por el foro derecha Andrea y Pablo.)

PAB.—(Quitándose el abrigo, que deja en el perchero que hay en el foro.) ¿No ha venido aún Lerminier?...

AND.—No, señor. (Sonriendo.) ¡Usted ha debido de escaparse antes de dar la hora!

PAB.—Pues temía llegar con retraso... No, si desde que... le han ascendido y ha cambiado de servicio, no le veo en todo el día. ¿Y Felipe y el abuelo?

AND.—¡Ah! Esos hasta dentro de una hora...

PAB.—¿Y... Marta? (Se sienta cerca de la chimenea. Andrea queda de pie.)

AND.—Sí, acaba de llegar. (Pausa. Vacila, pero se decide. Trata de obligarle a que se explique.) Y... a propósito de la niña esa... ¿Sabe usted que la veo muy preocupada desde hace algunos días?...

PAB.—(Vivamente.) ¿A Marta?

AND.—Sí, señor, sí. Se conoce que le debe pasar *lo mismo que a usted*... Porque usted también... (Suena el timbre de la puerta. Andrea hace un gesto de contrariedad y diciendo:) Con permiso. (Vase por el foro derecha. A poco vuelve a salir por el mismo sitio, seguida de Lerminier. Aparte.) (¡Ay, este hombre llega siempre cuando menos falta hace!)

LER.—(A Pablo.) ¡Hola! ¿Estabas aquí? Buenos días, hombre. (Le tiende la mano.)

PAB.—Buenos días.

LER.—(A Andrea, entregándole varios paquetitos que trae.) Toma, todo eso para ti. (A Pablo.) Comes con nosotros, ¿eh? (Andrea vase por la segunda derecha.)

PAB.—Sí.

LER.—(Con cara seria.) Precisamente vengo de su casa. Necesitaba hablar con usted.

PAB.—¿Qué hay? (Levanta la cabeza y se queda mirando con inquietud a Lerminier, que ha ido a cerrar la puerta de la derecha.)

LER.—(Muy conmovido, casi lloriqueando.) Lo que yo había previsto... ¡lo que yo me temía! No ha querido usted escucharme nunca, le ha parecido más gracioso seguir representando la comedia... Pues bien, ya estamos en el drama, en pleno drama; le divertía venir de incógnito a casa, mezclarse en la vida de estas pobres gentes, oír perorar al abuelo... ¿Podía oponerme yo? ¿Podía negarme a un deseo de usted? Aceptaba, con el alma llena de angustia, pensando que todas estas mentiras habían de acabar mal, tarde o temprano... Pero ¿cómo suponer, cómo iba yo a sospechar?...

PAB.—(Cada vez más inquieto.) ¿Qué?

LER.—Lo que Andrea me confesó anoche.

PAB.—Pero ¿qué fué, hombre? ¿De qué se trata?

LER.—Imagine usted lo más triste, lo más doloroso que podía suceder.

PAB.—Pero ¿quiere usted explicarse de una vez?

LER.—Pues bien... Marta, nuestra hija... como si fuera nuestra hija...

PAB.—(Vivamente.) ¿Marta?

LER.—(Decidido.) Marta lo quiere a usted... Eso es.

PAB.—(Conmovido.) ¿A... mí? ¿A mí? ¿Está usted seguro?

LER.—(Con un lamento.) Después de lo que me ha dicho mi mujer, no es posible dudar.

PAB.—(Dirigiéndose a él, como para abrazarle.) ¡Ay, querido Lerminier!... ¡Me da usted tal alegría... que le perdono todo el miedo que me ha hecho pasar!

LER.—(Sorprendido.) ¡Cómo, señor Dumont?... Pero ¿es que usted no ve, usted no comprende que esta situación es horrible?...

PAB.—(Entusiasmado, sin atender ni comprender al otro.) ¡Yo veo que alguien me quiere en el mundo... y que es ella!

LER.—(Amargamente, con lágrimas en los ojos.) Es decir, que a usted le parece bien haber venido a despertar el corazón de esa pobre criatura, robarle su tranquilidad, hacerla soñar con ilusiones de amor y de dicha, imposibles y locas, para tener que decirle luego: —«Era una broma todo: Pablo es el señor Dumont y tú no puedes ni debes amarle...» ¡Todo eso para usted!... (Entre sollozos.) ¡No!... ¡lo que hemos hecho es una infamia, señor Dumont! ¡Lo que hemos hecho es un crimen!

PAB.—No sé por qué; no lo entiendo, amigo Juan. (Con energía.) ¿Pero usted no dice que Marta me quiere?

LER.—(Vivamente.) Ella aborrece al señor Dumont y no hace falta que sepa nunca quién es usted. (Breve pausa.) Por lo tanto, he pensado que hoy, durante la comida, cuente usted que se ve obligado a hacer un viaje de algunos días... el viaje se prolongará, no volverá usted más y ella acabará por olvidarle.

PAB.—(Perdiendo la paciencia.) ¿Por olvidarme?... Lerminier, ¿usted... está seguro de que no está loco?

LER.—(Vacilando.) Creo que no.

PAB.—¿Y formalmente me aconseja usted que me vaya, cuando me anuncia que ella me quiere?

LER.—Creo que, por lo menos, hemos cometido una grave imprudencia, y que es preciso tratar de repararla, en lo posible, antes de que las cosas vayan más lejos... Además, ¡yo se lo juro a usted, no puedo mentir por más tiempo! Desde que he sabido esto, yo no vivo... ¿Prefiere usted que lo descubra todo?

PAB.—No, señor, no.

LER.—Entonces, váyase usted...

PAB.—¡Calle usted, hombre, calle usted! No me repita usted eso... Aunque yo quisiera... ¿cree usted que podría? ¡Usted no sabe cómo la quiero!

LER.—(Asombrado, señalándole con el dedo.) ¿Usted?... ¡Ah!... Pero... ¿es que usted la quiere también a ella?

PAB.—Hace falta estar ciego para no haberlo visto.

LER.—(Se deja caer abrumado en una silla, a la izquierda de la mesa.) ¡Bien! ¡Está bien!... Entonces... ¡esto es peorde lo que yo esperaba!

PAB.—¿Por qué?

LER.—(Exaltado, irónico.) Yo no temía para ella más que un desengaño cruel, una pena muy grande... Pero no basta con eso, no basta... ¡que además nos hace falta su deshonra!

PAB.—(Conteniendo su indignación.) Lerminier, le voy a decir a usted una cosa muy desagradable. Usted es un majadero. No tengo yo la culpa de que usted...

LER.—(Interrumpiéndole.) Sí, ¡naturalmente! ¡Los hombres honrados son todos unos majaderos!

PAB.—(Va a contestar, se detiene y luego cariñosamente dice, poniendo una mano en el hombro de Lerminier.) Tranquilícese usted, amigo Juan: verá usted ahora mismo cómo todo se arregla, sin que tenga usted nada que echarse en cara; permítame usted sólo que hable un momento con Marta. Llámela usted. (Lerminier no se mueve.) ¿Pero no me oye usted?... ¿Es que ya no merezco su confianza, Lerminier?

LER.—(Asintiendo mecánicamente por costumbre, sin convicción.) ¡Oh! Sí, señor, sí. Perdóneme usted y... (Yendo a la puerta del segundo término izquierda y llamando.) ¡Marta! ¡Marta!

(Se abre la puerta del segundo término izquierda y aparece Marta.)

MARTA.—¿Qué, tío? ¿Qué quieres?

LER.—(Designando a Pablo y sin saber qué decir, pronuncia algunas palabras incoherentes.) ¡Yo... ya he hecho todo lo que he podido!... Ahora vosotros... (Acaba con un gesto como significando «arreglároslas», y vase por el foro izquierda.)

MARTA.—(Risueña, tiende la mano a Pablo.) Buenos días, Pablo. ¿Qué tiene? ¿Qué le sucede al tío? Me parece que está de mal humor.

PAB.—(Sonriendo.) Hay motivo... Figúrese usted que el pobre hombre... no se había dado cuenta de nada.

MARTA.—(Sorprendida.) ¿Y de qué había de darse cuenta?

PAB.—(Lleno de confusión.) ¡Ah! Es verdad, que usted tampoco sabe...

MARTA.—Entéreme usted.

PAB.—Es que... se trata de una cosa bastante difícil de explicar. Hace mucho tiempo que yo quería decírselo. Me parecía lo más fácil, lo más sencillo del mundo... Y, sin embargo..., tantas veces como llego a hablar con usted... no se me ocurren palabras... no sé cómo...

MARTA.—(Dulcemente.) No tenga usted miedo... Empiece usted... y yo le ayudaré.

PAB.—(Mirando a su alrededor.) No... así de repente... (Aparte.) (Pero, señor, ¿seré tonto? No me atrevo.)

MARTA.—(Le coge la mano.) Venga usted aquí, a nuestro sitio, a nuestro rincón de todas las noches. (Lo lleva hacia el lado izquierdo, junto a la chimenea.) Aquí..., sentémonos... (Se sientan muy cerca.)

PAB.—(Decidido.) Pues, bien..., Marta. No, no me mire usted así. (Pausa muy corta.) Pero, si es imposible que usted no... ¿No adivina usted lo que yo tenía que decirle?

MARTA.—(Bajando los ojos.) Puede que sí, pero hay cosas que no basta con adivinarlas; para creerlas es preciso oírselas decir... y oírselas repetir muchas veces.

PAB.—(Muy conmovido.) Marta... ¿Lo repetirá usted... si yo le digo que la quiero?

MARTA.—(Muy bajo.) Sí, yo también le quiero usted.

PAB.—(Con exaltación creciente.) Marta, yo no he vivido antes de conocerla... Yo no podría vivir sin su cariño. Este momento, se lo juro a usted, es la mayor, ¡no!, la única felicidad de mi vida.

MARTA.—Yo le quiero... porque es usted un trabajador como yo, porque tenemos las mismas ideas, los mismos sentimientos, los mismos gustos... Y yo creo que nos hemos de querer siempre.

PAB.—Sí, siempre.

MARTA.—Y ahora ya, deseche usted los temores y las penas que le entristecen, no tenga usted preocupaciones, ni sufra inquietudes por el porvenir... ¡Seremos felices! Me dice el corazón que lo hemos de ser. Somos pobres, ¿qué importa? Nosotros no necesitamos tanto para vivir... ¿verdad que no? ¡Una modesta casita, muy pequeña, muy discreta, en donde todas las dulces palabras que nos digamos queden encerradas, en donde no se respire más que alegría y felicidad!

PAB.—(Que ha estado oyéndola encantado, exaltándose cada vez más, con explosión de júbilo.) Sí, Marta, sí; será usted dichosa... ¡Yo quiero que lo sea, más, mucho más de lo que usted puede imaginar! ¡Más que todas las mujeres del mundo!

MARTA.—¡Sí, hemos de darles envidia! Mire usted, yo cierro los ojos y ya estoy viendo nuestro cuartito... cerca de las nubes, ¡claro!..., pero con su galería y sus flores y su balcón a la calle... Sí, señor, si, no ponga usted esa cara de susto..., con su balcón a la calle... Yo tengo mis economías...

PAB.—(Conmovido.) ¡Sus economías de usted!... ¡Sus economías de usted, Marta, las arrojaremos a los pobres como una semilla de felicidad!... No, no estoy loco... Es que usted no sabe, usted no sabe que mi mujer... ¡la mía!... ha de verse colmada de cuanto sus deseos puedan exigir, de cuanto sus caprichos puedan ambicionar..., que todos los bienes de la Tierra serán para usted como...

MARTA.—(Interrumpiéndole muy alarmada.) Pero, Pablo, por Dios... ¿A donde va usted a parar?... ¿Sabe usted lo que dice?... Yo creo que la sorpresa, la alegría, le han hecho perder el juicio... (Cariñosamente.) No; vivamos en la realidad... Todas esas promesas que son locuras, esos castillos en el aire, ¿para que? ¿Para qué soñar?

PAB.—Si yo no sueño más que cuando pienso en que usted me quiere, Marta, yo no sueño.

MARTA.—(Riendo.) Pero, criatura, confíese usted que me promete lo imposible... (Pablo dice que no con la cabeza.) ¿No? Suponga usted que yo le tomo la palabra y le pido, por ejemplo, un coche con dos caballos y un hotel en los Campos Elíseos.

PAB.—Los tendría usted antes de una hora.

MARTA.—(Se levanta asustada.) ¡No!... Calle usted, calle usted, Pablo. Me da miedo. ¿Pero es que olvida usted quién es?

PAB.—No, Marta, no. Ahora es cuando me acuerdo de quién soy.

MARTA.—(Con terror, retrocediendo un paso.) ¡Dios mio!; pero... entonces... ¿quién es usted?

PAB.—(Avergonzado, en voz baja.) Prefiero decirle a usted quien no soy... (Movimiento de Marta.) Yo no soy el empleado de Pablo Dumont.

MARTA.—(Atónita, llena de angustia.) ¿Qué... no es usted... Pablo? ¿El compañero de mi...? Entonces... (Anhelante.)

PAB.—(Como si fuera a confesar un crimen.) Soy... el...

MARTA.—(Adivina y retrocede con espanto.) ¡El amo!... Pero... ¿eso es verdad? ¿No se burla usted de mí? ¿Usted... usted es Pablo Dumont?

PAB.—Sí.

MARTA.—¿Pablo Dumont... usted...? (Pablo afirma.) ¿Y es posible que mi Pablo, el hombre que yo...? (Se acerca a él suplicante. Se coge de su brazo.) ¡No! Dígame usted que eso no es cierto... Que no puede ser... ¡Hable, por Dios!...

PAB.—Le he dicho a usted la verdad. Puede usted preguntárselo a Lerminier.

MARTA.—(Retrocede, cada vez con más espanto.) ¡Oh!... ¿Y él lo sabía?... (Casi ahogada por los sollozos.) ¡Engañarme él también!... ¡Es vergonzoso! ¡Es...!

PAB.—(Yendo hacia ella, muy conmovido.) ¡Marta, querida Marta!... Sí; he hecho mal, muy mal; pero escúcheme usted...

MARTA.—No quiero oír nada. ¡Me ha engañado usted! ¿Qué les había hecho yo para merecer?...

PAB.—Yo se lo suplico, Marta... No se desconsuele usted así. Yo se lo diré todo; yo le explicaré a usted...

MARTA.—(Dolorosamente.) ¿Para qué? Puesto que es usted Pablo Dumont, ¿para qué?

PAB.—Yo no le he dicho a usted nunca una sola palabra que no fuera expresión de mi sentimiento. No he mentido al jurar que la quería con toda el alma, que mi único bien es este amor y mi única ambición...

MARTA.—¿Su mujer de usted, yo? ¡La mujer de Pablo Dumont! ¡Oh! No lo diga usted... No lo repita usted. ¡Nunca! (Se separa hacia la derecha.)

PAB.—¿Me guarda usted un rencor mortal por esta supercheria que me ha permitido acercarme a usted, conocerla?

MARTA.—No.

PAB.—(Con tristeza.) ¿Teme usted que no sea tal como usted ha aprendido a conocerme?... (Suplicante.) ¡Perdóneme usted, Marta, perdóneme usted, y...!

MARTA.—(En voz baja.) No, yo no puedo ser la mujer de Pablo Dumont. Me avergonzaría delante de los míos, ante mí misma. No me atrevería a presentarme aquí, ni a levantar los ojos delante de ellos... ¡Me moriría de vergüenza! (Pausa.)

PAB.—(Con ansiedad, intentando el último esfuerzo.) ¿No me quiere usted?... ¿No me ha querido usted nunca?

MARTA.—(Enérgica, sombría.) ¡No le quiero a usted... ya!... (Y se apoya, sollozando, en un mueble, como si este último golpe la hubiese herido en el corazón.)

PAB.—(Desesperado.) ¡Marta!

MARTA.—(Vivamente.) ¡No... no! ¡Yo no puedo oírle a usted... ni verle más!

PAB.—¡Marta!

MARTA.—¡No!... ¡Váyase usted!... ¡Váyase usted de aquí!...

(Pablo, desesperado, quiere hablar y no puede; cae, sollozando, en el sillón del Abuelo Lerminier abre la puerta del foro y al ver el cuadro que ofrecen los dos jóvenes entra precipitadamente.)

LER.—(Cruzado de brazos.) ¡Bien!... ¡Está bien! (A Pablo.) ¿Y es así como arregla usted las cosas? ¡Cuando yo se lo decía a usted! ¡Si la conoceré yo! (Viendo que no obtiene contestación, encógese de hombros y se acerca a Marta.) ¡Pobre hija mía! No te desesperes... Aquí estamos todos para cuidarte, para consolarte...

MARTA.—(Con tristeza.) No, no me consolará usted nunca...

LER.—Sí, querida, sí... Los pobres no podemos hacernos ilusiones.

MARTA.—(Con tristeza; pero sin acritud.) Y... ¿por qué me ha engañado usted? ¡Me ha hecho usted mucho daño!...

LER.—(Indignado, con el grito en el cielo.) ¿Yo? ¿Es decir... que he sido yo? ¡No! ¡Esto ya es!... (A Pablo, suplicante y enérgico.) ¡Señor mío, por Dios y todos los santos, haga usted el favor de decirle que fué usted... quien lo quiso, que fué usted quien lo exigió!

PAB.—¿Podía yo sospechar, cuando me invitaba usted a venir a su casa, que iba a encontrar aquí?... (Se levanta.)

LER.—¿Y quiere usted que lo adivinara yo?

PAB.—¡Usted debía haberlo previsto! (Se dirige a la puerta del foro.)

LER.—(Abrumado, se deja caer en una silla.) Pero ¿me va usted a echar la culpa también?

PAB.—(Con tono sombrío.) Sí... De lo que suceda usted la tendrá. Adiós, Marta. Yo la perdono... pero no sabe usted lo que ha hecho. (Vase por el foro derecha.)

MARTA.—(Levanta la cabeza y se queda mirando a la puerta por donde Pablo ha desaparecido.) ¡Dios mío! (Sin que se oiga la frase; es un sollozo.)

(Sale Andrea por la segunda derecha al mutis de Pablo.)

AND.—(A Lerminier.) Pero, ¿qué es? ¿Qué tienen? ¿Por qué se va él? ¡Responde, hombre! ¡Dí!

MARTA.—(A Lerminier, señalándole la puerta.) ¡Tío, vaya usted! ¡Pronto! No lo deje usted... ¡Tengo miedo!

LER.—(Sin comprender.) ¿De qué?

MARTA.—¡Tengo miedo! ¡Sí, corra usted! ¡Pronto!

LER.—(Comprendiendo los temores de Marta.) ¡Ah! ¡Lo único que nos faltaba! ¡No!... (Vase precipitadamente por el foro derecha.)

AND.—Pero, Marta, hija mía, ¿me quieres decir?... ¿No tienes confianza

conmigo? ¿Qué es lo que pasa? ¡Explícate, por Dios, mujer! ¡Habla! (Marta no deja de llorar, oculta la cara entre las manos.)

(Felipe y el Abuelo salen por el foro derecha.)

FEL.—(Con el aliento entrecortado.) Pero, ¿qué es esto? ¿Qué sucede? Hemos encontrado al tío que bajaba la escalera como un un loco... No nos ha querido decir nada.

AND.—Que os lo diga ésta. Yo no he podido sacarle una palabra. Sólo sé que estaban hablando ahí los dos: ella y Pablo; que Pablo se ha ido furioso, y que Juan ha echado a correr detrás de él...

FEL.—(A Marta.) ¿Por qué se marcha Pablo así?

ABU.—(A Marta.) ¿Como ha sido eso? Vosotros que os entendíais tan bien...

MARTA.—(Levantando la cabeza.) ¡Es que Pablo... no es Pablo!... (Todos se miran sorprendidos.)

AND.—(A la derecha.) ¿Cómo? ¿No es el compañero de tu tío?

MARTA.—No, no es el compañero del tío: es su principal, es el amo. (Les vuelve la espalda y de nuevo se oculta la cara entre las manos.)

AND.—(Asombrada.) ¡Su principal! ¡El señor Dumont!

ABU.—(Indignado.) ¡Ese canalla de Dumont!

FEL.—(Se echa a reír, encogiéndose de hombros.) ¡Se ha vuelto loca!... ¡Y no dice el Sha de Persia, porque no quiere!

MARTA.—(Con firmeza.) No, no estoy loca. Pablo, el que venía aquí, es Pablo Dumont.

AND.—¡Virgen Santísima!

ABU.—¿Y Lerminier lo sabía?

FEL.—(Fuera de sí.) ¡Pues se necesita valor!... ¡Se necesita!...

ABU.—¡Meternos aquí a semejante perdido!

FEL.—(Señalando a Marta.) ¡Y dejarla de conversación con él horas y horas!

AND.—¡Señor, señor! Pero ¿será posible?

ABU.—¡Y Dios sabe lo que habrá pasado!

FEL.—Pues figúrese usted... ¡A él le parecerá que todas las mujeres son iguales, y naturalmente!...

MARTA.—(Protestando con la mayor energía.) ¡No! ¡Eso no!

AND.—¿Entonces?...

MARTA.—(Bajando la cabeza.) Me ha dicho que me quería.

ABU.—(Irónicamente.) ¡Claro, hija! ¡Desde luego! Todos dicen lo mismo cuando tratan de...

MARTA.—(Levantando la cabeza.) ¡Me ha propuesto casarse conmigo!

FEL.—¡Bueno, bien!... ¡Es... el colmo!

AND.—Pero, hija de mi alma, lo que nos estás contando es una novela... ¡Mira tú, el señor Dumont, uno de los hombres más ricos del mundo, casarse con...!

FEL.—¡Cómo se ha burlado de ti!

MARTA.—(Con firmeza.) No; estoy segura de que se casaría conmigo, si yo lo consintiera... Pero me da horror.

FEL.—(Echándose a reír.) ¡Ah! ¡Es ella la que rehusa!... Bueno... hija, pues... ¡tú dirás lo que quieres que te traigan, si empiezas por enviar a paseo a los millonarios!

ABU.—(Sentenciosamente.) ¡Y tiene razón! Marta no puede traicionar la causa de los trabajadores.

AND.—(Al Abuelo, con el grito en el cielo.) ¡Mira, no nos vengas tú ahora con esas ridiculeces! Si ella fuera una intrigante que hubiera ido a metérsele por los ojos, bueno que la pudieran censurar, que le dijesen todo eso y más. Pero no ha sido ella la que ha ido a buscarlo... ¡Ha sido él el que ha venido aquí!...

ABU.—Verdad.

FEL.—(Asintiendo también.) Sí, señor.

AND.—Y a todos, a todos, a ti el primero, nos parecía muy bien ese chico para Marta cuando no sabíamos...

FEL.—¡Sí que ha representado bien la comedia, sí!

AND.—(Siguiendo con su tema, a pesar de las interrupciones.) ¿Y deja de ser el mismo, el que nos gustaba a todos, porque sepamos ahora que tiene millones?

ABU.—(Terminando la frase.) ¡Amasados por el trabajo de los demás!... ¡Millones de que goza sin haber hecho nada!...

AND.—(Sonriendo.) Pues bien... justamente... si se casa con Marta, ahi tienes, ¡el dinero volverá a los trabajadores! (A partir de este momento, se va acentuando cada vez más en toda la familia, menos en Marta, la reacción en favor de Pablo.)

FEL.—(Riendo.) ¡Eso es!... ¡El principio de la gran expropiación!

ABU.—(Con gravedad que debe resultar cómica, dada la situación y el carácter del personaje.) Evidentemente... Sí que es un medio de restituir...

FEL.—(Cada vez más risueño.) ¡Qué bien, abuelo! ¡Mire usted por dónde tendríamos *pasta* para los ensayos cooperativos y *luz* para la propaganda de las ideas!

ABU.—¡Lo cierto es, hijo mío, que pasaron ya los tiempos de las barricadas... hoy es preciso ser prácticos!... Para todo se necesita dinero, y el pueblo no puede negarse a utilizar esa fuerza emancipadora...

MARTA.—(Levanta la cabeza e interrumpe con viva energía.) ¿No se acuerda usted ya de lo que anoche mismo me decía de ese hombre y de todos los explotadores como él? ¡Pues yo sí que me acuerdo y me acordaré siempre!

ABU.—(Lleno de confusión.) Mujer... yo te diré...

AND.—¿Quién va hacer caso de semejantes bobadas? ¡Eso son disparates que en el calor de la discusión!...

FEL.—(Interrumpiéndola.) ¡Como la otra noche cuando el abuelo le dijo que le parecía una araña... y no se enfadó!

AND.—¡Qué se ha de enfadar! (A media voz.) ¡Si es más bueno!

ABU.—Además, lo que nos sucede es una cosa tan extraordinaria... que no es extraño, no tiene nada de particular que se le trastornen a uno las ideas y se haga un lío con los principios.

(Entra Lerminier por el foro derecha y se deja caer en una silla, a la derecha del foro.)

MARTA.—(Vivamente, al advertir la llegada de Lerminier.) ¿Qué? ¿Lo ha visto usted? (Andrea, Marta y Lerminier a la derecha de la mesa, el Abuelo y Felipe a la izquierda.)

LER.—(Dice que sí con la cabezd. Pausa.) ¡Si vierais cómo está ese hombre!... (Con la mayor conmiseración.)

ABU.—(A Lerminier, severamente.) Pero ¿me quieres decir qué necesidad teníamos de que viniera aquí ese burgués a llenarle la cabeza de pájaros a la niña, con sus promesas de matrimonio?

LER.—(Asombrado.) ¿De matrimonio?... ¿El le ha dicho a Marta?...

AND.—Sí, hombre, sí. ¡Y ésta se lo ha llegado a creer!... ¡Se figura que hablaba en serio!...

LER.—(Convencido, disimulando a duras penas su alegría.) ¡Y tan en serio! ¡Si se lo ha dicho él, claro que es en serio! ¡Marta! (Movimiento general de asombro y entusiasmo. Marta inmóvil.)

FEL.—(Indignado, a Lerminier.) Pues, mire usted, ella dice que no, que de ningún modo... ¿Será imbécil?

LER.—No, ella no puede decir eso... Marta, hija mía...

MARTA.—(Levantando la cabeza) ¿Usted también, tío?... ¿Usted también?

LER.—(Con la mayor convicción.) Pero, hija, por Dios, óyeme. Es preciso ver las cosas como son. Ese hombre está desesperado Dispuesto a hacer una... Desde el momento en que te lo propone, es por que te quiere de verdad...

AND.—(Interrumpe airada.) ¡Y tú también lo quieres a él!

MARTA.—(Se levanta.) ¿Yo... lo quiero? ¿Yo?

AND.—¡Ah! ¿Conque no me lo has confesado esta mañana, aquí mismo, antes de que vinieran éstos?

MARTA.—Yo quería a Pablo, sí; pero a él, nunca; a él no puedo quererle. (Adelanta para irse por la segunda puerta de la izquierda.)

AND.—(Furiosa, deteniéndola.) ¡Dí que no quieres a nadie, ni a él, ni a tu familia, ni a nadie! ¡Que no tienes corazón!

ABU.—(Deteniendo también a Marta, interceptándole el paso.) Pero, criatura... ¿Tú sacrificas el interés general por un capricho?...

FEL.—(Como los demás.) ¿Tienes una ocasión como tal vez no se haya presentado nunca para hacer la felicidad de todos y no quieres aprovecharla?

MARTA.—¡No! (Más con el ademán que con la palabra, y desaparece por la izquierda.)

ABU.—(En la misma puerta y a gritos.) ¡Ingrata! ¡Egoísta!

FEL.—(Lo mismo.) ¡Idiota! ¡Simple!

AND.—¡Borrica! ¡Más que borrica! ¡Será tonta!... ¡Será!... (Vase por la izquierda detrás de Marta.)

LER.—(Dejándose caer en el sillón del Abuelo.) ¡Bueno! ¡Bien! .. Y digo yo: ¿Para qué va a venir ese hombre? ¿Qué va a sacar en limpio? ¿Otro disgusto?... ¡Y él se pega un tiro! ¡Y se acabó la Banca Dumont!... ¡Y yo... en la calle!... (Suena el timbre de la puerta violentamente. Lerminier se levanta de un salto y vase foro a abrir. Los demás se quedan sorprendidos, mirándose, llenos de curiosidad. Felipe se asoma a ver quien es y vuelve asombrado hacia donde se encuentra el Abuelo.)

FEL.—(En voz baja al Abuelo.) ¡Es él!... ¡El señor Dumont!

(Andrea sale por la segunda izquierda)

AND.—(Que al salir oye a Felipe.) ¡Dios mío! ¡El señor Dumont en esta casa y todo por en medio! ¡Todo hecho un asco! (Precipitadamente se pone a arreglar los muebles. Felipe se dirige hacia la derecha y el Abuelo trata de adoptar en su sillón la postura más digna.)

(Lerminier sale por el foro derecha.)

LER.—(Al salir cierra la puerta del foro.) Quiere hablar con ella por última vez... (A Andrea en voz baja.) Llámala. (Andrea, después de un momento de vacilación, entra en busca de Marta, por la izquierda.)

ABU.—(A Lerminier, levantándose.) ¡Voy a decirle yo a ese señor!...

LER.—(Cogiéndole de un brazo y empujándole hacia Felipe.) No, abuelo, no... No le diga usted nada a ese señor... y déjenos en paz.

FEL.—Sí, venga usted conmigo. (Vase con el Abuelo por la segunda derecha.)

(Sale Marta seguida de Andrea por la segunda izquierda.)

MARTA.—No tengo por qué negarme... Si todavía necesita explicaciones las tendrá... Yo le diré...

AND.—(Interrumpiéndola, muy agitada.) ¡Dile que te casas con él!... ¡Con eso basta!

LER.—(Severamente.) Ella le dirá lo que quiera. Y nosotros... no hacemos falta aquí. (Señalándole la puerta de la izquierda, por donde se va Andrea. Lerminier va a abrir la del foro.) ¿Quiere usted hacer el favor, señor Dumont?

(Pablo entra, muy pálido, y se dirige a Marta. Ella siente que decaen todas sus energías al verle. En toda la escena debe ir expresando la actriz esta

reacción del espíritu de Marta, lentamente ganado por la noble y apasionada lealtad de Pablo. Lerminier vase por la izquierda.)

PAB.—Marta, su resolución es más grave de lo que usted haya podido imaginar. Si yo he representado aquí una mala comedia, mi castigo ha sido tan duro, tan cruel, que no le deseo a mi mayor enemigo el suplicio que estoy sufriendo. Y la pena es injusta. ¡Si no hay delito! Al descubrir yo mismo el engaño, al confesar yo mismo la verdad, ¿no demostraba la rectitud de mi propósito?

MARTA.—(Se sienta a la izquierda.) Aunque yo quisiera creerlo, aunque yo lo crea, ¿para qué hemos de hablar de lo imposible? (Con tristeza.) Debemos olvidarlo, como se olvida un mal sueño, uno de esos sueños que nos hacen sufrir, sin llegar a ser realidad. Nos separan distancias inmensas, que no se borran con el deseo; obstáculos que no puede usted salvar, por un impulso generoso del momento, para no tenerse que arrepentir algún día... (Pablo niega con la cabeza.) Y si no fuera imposible, sería una locura: ¡Sacrificar su brillante y lujosa existencia por una pobre mujer a quien no conocía usted siquiera hace seis meses!...

PAB.—(Con profunda ironía.) ¡Mi brillante y lujosa existencia! ¡Pero si es horrible, Marta! ¡Si yo he vivido hasta hoy en la soledad, en el horror de una vida falsa, de adulación, de hipocresía, de mentira! ¡Si mi mano jamás pudo estrechar una mano leal! ¡Si no llegó hasta mí una simpatía, una sola amistad, un solo afecto, que no tuviera su precio, que no fuera interesado, falso, egoísta! ¡Si he vivido en la sospecha perpetua de todos los que me rodean, en la evidencia del engaño de todo el que me habla!... ¿Y no tengo disculpa, no merezco perdón, porque, sediento de verdad, haya querido a mi vez representar una comedia para librarme de aquella otra odiosa farsa que se representa a mi alrededor, desde que nací, toda la vida?... (Pausa.) Ha sido aquí donde por primera vez he oído a las gentes hablarme, sin disfrazar su pensamiento; ha sido en esta casa donde, al fin, he podido respirar un ambiente de honradez y de sinceridad; aquí, donde he sentido mi mano estrechada sin egoísmos ni adulación, por manos leales; aquí, donde usted me confiaba francamente sus ilusiones, sus ensueños, sus proyectos para lo porvenir... ¡Y aquella dulce confianza, y aquella noble lealtad de sus palabras eran las primeras pruebas de amor, de verdadero amor, que yo he conocido en el mundo!...

MARTA.—(Débilmente.) Se dirigían a Pablo...

PAB.—¡A mí!...

MARTA.—Al que usted fingía ser.

PAB.—Al que yo era en realidad, Marta: su amigo de usted, su compañero... ¡Porque al venir aquí, yo he aprendido a conocerme, he descubierto una vida nueva, dichosa, grande... y al esclavizar para siempre mi destino, al convertirme a sus ideales por convicción y por amor, hubiera querido borrar hasta la memoria de mi vida pasada!...

MARTA.—(Protesta, pero ya sin convicción, cada vez con menos energía.) Nuestros compañeros, desde la infancia, viven nuestra vida, comparten nuestras penas, tienen nuestras mismas ambiciones... Usted no es mi compañero, no puede usted serlo. Usted es y será siempre *el amo*... Y esa distancia que nos separa no se borra; no deja de existir por que cerremos los ojos para no verla... Toda nuestra voluntad, la protesta de nuestro corazón, es inútil. Pertenecemos a dos mundos opuestos que se odian y se desprecian.

PAB.—(Pausa. Muy cerca de Marta, conmovido y suplicante; sus palabras son el último esfuerzo.) ¡Recuerde usted, Marta..., aquí mismo..., por espacio de tantas noches, nuestras largas conversaciones de novios—de novios, sin serlo—para quienes los mundos opuestos no existían, porque no nos acordábamos del mundo, ni de las luchas de los hombres y sus miserias, ni

de otra cosa que de nuestro amor... Recuerde usted la perfecta armonía de de nuestros pensamientos... esas palabras comprendidas antes de ser pronunciadas, el mudo lenguaje de nuestro cariño, que, sin hablar, confesaba su fe, su alegría, su confianza en lo porvenir... Toda la felicidad soñada hemos de poseerla, sí; pero no seremos egoístas, no seremos avaros, la repartiremos a manos llenas a nuestro alrededor... Haremos dichosos a los buenos, a los que merecen serlo.

(Marta le ha escuchado conmovida; ya los dos jóvenes, sin acordarse más que de su amor, se vuelven a mirar sin recelos. Se abre la puerta de la izquierda y Lerminier y Andrea aparecen mirando a la escena, llenos de inquietud y ansiedad. Al verlos, Marta se arroja en los brazos de su tío, conmovida y ruborosa, como si tratase de ocultar la vergüenza de su derrota.)

MARTA.—(A Lerminier.) ¡Era verdad! ¡Me quiere, sí! Ya no tengo por qué dudarlo.

LER.—¡Gracias a Dios, hija, gracias a Dios! ¡Qué susto teníamos todos!

AND.—(Abrazándola también.) ¡Hija de mi alma! ¡Si ella vale más oro que hay en el mundo! (A Pablo.) ¡Señor Dumont, usted es un milagro de Dios!

(Salen por la derecha el Abuelo y Felipe, poco después de Lerminier y Andrés.)

ABU.—(A Pablo.) ¡Señor Dumont, usted es un hombre! (Estrechándole la mano.) ¡Usted es un hombre! ¡Ah! Y ahora que me acuerdo, yo retiro (por convicción, ¿eh?, por convicción), yo retiro lo de la araña y demás atrocidades de la otra noche. Tiene razón mi hija.. (Señalando a Andrea.) Es milagroso haber encontrado un burgués que tenga corazón.

FEL.—Pero si Pablo no es burgués... ¡Pablo es de los nuestros! (Todas las caras reflejan la satisfacción. El regocijo es general.)

PAB.—(A Felipe.) ¡Y tan vuestro! (Sonriendo.) Pero les advierto a ustedes que todavía no me ha dicho que me quiere...

AND.—¡Ah! Esta es muy terca, muy cabezuda; es capaz de no decírselo a usted nunca.

MARTA.—(Risueña.) No, ese es el castigo que le impongo por haberme engañado... Ya no lo volverá a oír... hasta ese día en que me lo han de preguntar, delante de mucha gente, y no tendré más remedio que decir... que sí.

PAB.—(Le coge las manos, mirándola con pasión.) ¡Marta!...

LER.—(Más con el ademán que con la palabra.) ¡Gracias a Dios!

ABU.—(A Lerminier y Felipe, a la derecha de la escena. Quedan a la izquierda Pablo y Marta. Algo separada, al foro, Andrea.) ¡Ahí lo tienes... ¡El amo!... (Con expresión irónica de temor y respeto.) Vencido por esa muñeca... y loco de alegría... Y es que..., ya lo estáis viendo, el verdadero amo, el amo del mundo, es ese chiquitín que pintan con la venda en los ojos... el niño ese que lleva en las manos un arco y una flecha... ¡y la suerte o la desgracia de los hombres!...

FIN DE LA COMEDIA

Imprenta Moderna.—Doctor Fourquet, 23.—Teléfono M. 74-55

De Jorge y José de la Cueva

Aquí hase farta un hombre (un acto).

De Muñoz Seca y Pérez Fernández

La nicotina (un acto).—Coba fina (un acto).—¡Por peteneras! (un acto).

De D. Tomás Luceño

¿Cuántas, cuántas, calentitas? (un acto) (1).—¡Viva el difunto! (un acto) (1).

De Muñoz Seca y Sebastián Alonso

El contrabando (un acto).—De balcón a balcón (un acto).

(1) Estudio crítico de D. Jacinto Octavio Picón.

De Linares Rivas

El señor Sócrates (un acto).

De Antonio Ramos Martín

La cocina (un acto).—La afición (un acto).—La gran familia (dos actos).—La real gana (un acto).

De otros autores

«El golfo de Guinea», por Paradas, Jiménez y S. Carrère.—«La tarasca del barrio», por J. Mesa Andrés.—«Los hombres que son hombres» y «El dinero y la vergüenza», por Julián Moyrón.—«El gitanillo», por M. Garrido.—«Los pelmazos», por L. Candela y E. Nieto.—«Don Juanito y su escudero», por Calonge y Reoyos.

COMEDIAS PUBLICADAS

De Linares Rivas

El abolengo (dos actos).—El ídolo (dos actos).—Aire de fuera (tres actos).

De Muñoz Seca

El roble de la Jarosa (tres actos).—Doña María Coronel (dos actos).

De Asenio y Torres del Alamo

El brillo de los caireles (cuatro actos).—Las pecadoras (tres actos).

De Flers y Caillavet

Corazonadas (un acto).

De Alfredo Testoni

La aventura del coche (tres actos) (1).

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.

De Sabatino López

Una buena muchacha (tres actos) (1).

De Antonio Palomero

El amigo Teddy (tres actos).

De Pérez Galdós

Celia en los Infiernos (tres actos).

De Paúl Gavault

Mi tía Ramona (tres actos) (2).

De otros autores

«Lo que no muere» (dos actos), por Sebastián Alonso y Luis Manzano.—«El amor que huye» (un acto), por Julio Pardo.

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.
(2) Traducción de José Juan Cadenas.

ZARZUELAS PUBLICADAS

«El Tambor de Granaderos» (un acto), por Sánchez Pastor.—«El Cristo de la Vega» (tres actos), por Cantó y Soldevilla.—«El puñao de rosas» (un acto), por Arniches y Asensio Mas.—«La patria chica» (un acto), por S. y J. Alvarez Quintero.—«Bohemios» (un acto), por Perrín y Palacios.—«Molinos de viento» (un acto), por L. Pascual Frutos.

3 0112 115879469

Una interesantísima biblioteca se forma coleccionando los números de

La Novela Policíaca

Números publicados:

I.—La muñeca trágica.
II.—Los dos pilletes.
III.—El secreto de la biblioteca.
IV.—El suplicio de Max Vert.
V.—El guante rojo.
VI.—La marca infame o el hombre de las dos caras.
VII.—¡13? o el vencedor de Fantomas.

Próximos a publicarse:

Franz Hallers.

Fantomas.

Hugo de Montreux.

A continuación, todas las mejores y más sensacionales obras del teatro policíaco.

20 CTS. — NUMERO — 20 CTS.

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de La Papelera Española.